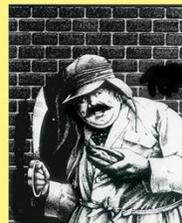


Visita  
al territorio de

# John Kennedy T.

JOHN KENNEDY TOOLE

*La conjura  
de los necios*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

Cuando en el mundo aparece un  
verdadero genio,  
puede identificársele por este signo:  
todos los necios se conjuran contra él.

*Johnathan Swift*

«THOUGHTS ON VARIOUS SUBJECTS,  
MORAL AND DIVERTING»

## PRÓLOGO

Quizás el mejor modo de presentar esta novela (que en una tercera lectura me asombra aún más que en la primera) sea explicar mi primer contacto con ella. En 1976, yo daba clases en Loyola y, un buen día, empecé a recibir llamadas telefónicas de una señora desconocida. Lo que me proponía esta señora era absurdo. No se trataba de que ella hubiera escrito un par de capítulos de una novela y quisiera asistir a mis clases. Quería que yo leyera una novela que había escrito su hijo (ya muerto) a principios de la década de 1960. ¿Y por qué iba a querer yo hacer tal cosa?, le pregunté. Porque es una gran novela, me contestó ella.

Con los años, he llegado a ser muy hábil en lo de eludir hacer cosas que no deseo hacer. Y algo que evidentemente no deseaba era tratar con la madre de un novelista muerto; y menos aún leer aquel manuscrito, grande, según ella, y que resultó ser una copia a papel carbón, apenas legible.

Pero la señora fue tenaz; y, bueno, un buen día se presentó en mi despacho y me entregó el voluminoso manuscrito. Así, pues, no tenía salida; sólo quedaba una esperanza: leer unas cuantas páginas y comprobar que era lo bastante malo como para no tener que seguir leyendo. Normalmente, puedo hacer precisamente esto. En realidad, suele bastar con el primer párrafo. Mi único temor era que esta novela concreta no fuera lo suficientemente mala o fuera lo bastante buena y tuviera que seguir leyendo.

En este caso, seguí leyendo. Y seguí y seguí. Primero, con la lúgubre sensación de que no era tan mala como para dejarlo; luego, con un prurito de interés; después con una emoción creciente y, por último, con incredulidad: no era posible que fuera tan buena. Resistiré la tentación de explicar al lector qué fue lo primero que me dejó boquiabierto, qué me hizo

sonreír, reír a carcajadas, mover la cabeza asombrado. Es mejor que el lector lo descubra por sí mismo.

He aquí a Ignatius Reilly, sin progenitor en ninguna literatura que yo conozca (un tipo raro, una especie de Oliver Hardy delirante, Don Quijote adiposo y Tomás de Aquino perverso, fundidos en uno), en violenta rebeldía contra toda la edad moderna, tumbado en la cama con su camisón de franela, en el dormitorio de su hogar de la Calle Constantinopla de Nueva Orleans, llenando cuadernos y cuadernos de vituperios entre gigantescos accesos de flato y eructos.

Su madre opina que necesita salir a trabajar. Lo hace y desempeña una serie de trabajos, cada uno de los cuales se convierte en seguida en una aventura disparatada, en un desastre total; sin embargo, todos estos casos, tal como sucede con Don Quijote, poseen una extraña lógica propia.

Su novia, Myrna Minkoff, del Bronx, cree que lo que Ignatius necesita es sexo. Las relaciones de Myrna e Ignatius no se parecen a ninguna historia «chico-encuentra-chica» que yo conozca.

Otro aspecto a destacar en la novela de Toole es el reflejo de las particularidades de Nueva Orleans, sus callejuelas, sus barrios apartados, sus peculiaridades lingüísticas, sus blancos étnicos... y un negro con el que Toole logra casi lo imposible, un soberbio personaje cómico, de gran talento y habilidad, sin el menor rastro de caricatura racista.

No obstante, el mayor logro de Toole es el propio Ignatius Reilly, intelectual, ideólogo, gorrón, holgazán, glotón, que debería repugnar al lector por sus gargantuescos banquetes, su retumbante desprecio y su guerra individual contra todo el mundo: Freud, los homosexuales, los heterosexuales, los protestantes y todas las abominaciones de los tiempos modernos. Imaginemos a un Tomás de Aquino trastornado en una Nueva Orleans desde donde hace una disparatada correría cruzando los pantanos hasta la universidad estatal de Louisiana, a Baton Rouge, donde le roban la chaqueta de maderero mientras está sentado en el retrete de caballeros de la facultad, abrumado por elefantíacos problemas gastrointestinales. A Ignatius se le cierra periódicamente la válvula pilórica como reacción a la ausencia de una «geometría y una teología adecuadas» en el mundo moderno.

No sé si utilizar el término comedia (aunque comedia es), pues el hacerlo implicaría que se trata simplemente de un libro divertido, y esta novela es muchísimo más. Decir que es una gran farsa estruendosa de dimensiones falstaffianas sería una descripción más exacta, se aproximaría mucho más al término *commedia*.

También es triste. Y uno nunca sabe exactamente de dónde viene la tristeza, si de la tragedia que hay en el corazón de las grandes cóleras gaseosas y las lunáticas aventuras de Ignatius, o de la tragedia que rodea al propio libro.

La tragedia del libro es la tragedia del autor: su suicidio en 1969, a los treinta y dos años. Y otra tragedia es la posible gran obra que con su muerte se nos ha negado.

Es una verdadera lástima que John Kennedy Toole ya no esté entre nosotros, escribiendo. Pero nada podemos hacer, salvo procurar que al fin esta tragicomedia humana, tumultuosa y gargantuesca, pueda llegar a un mundo de lectores.

WALKER PERCY

Hay un acento propio de la ciudad de Nueva Orleans... asociado con el núcleo central de Nueva Orleans, sobre todo con el distrito Tercero, alemán e irlandés, que es difícil de diferenciar del acento de Hoboken, Jersey City, y Astoria, Long Island, donde se ha refugiado la inflexión Al Smith, extinta en Manhattan. El motivo, como cabría esperar, es que gentes del mismo origen que las que llevaron ese acento a Manhattan lo impusieron en Nueva Orleans.

—En eso tiene usted razón. Nosotros somos mediterráneos. Yo nunca he estado en Grecia ni en Italia, pero estoy seguro de que allí me sentiría como en casa nada más desembarcar.

También él se sentiría en casa, pensé. Nueva Orleans se parece más a Genova o a Marsella, o a Beirut, o a la Alejandría egipcia que a Nueva York, aunque todos los puertos de mar se parezcan entre sí más de lo que puedan parecerse a ninguna ciudad del interior. Nueva Orleans, como La Habana y Puerto Príncipe, está dentro del ámbito del mundo helenístico que nunca rozó siquiera al Atlántico Norte. El Mediterráneo, el Caribe y el Golfo de México forman un mar homogéneo, aunque interrumpido.

*A. J. Liebling,*

THE EARL OF LOUISIANA

## UNO

Una gorra de cazador verde apretaba la cima de una cabeza que era como un globo carnoso. Las orejeras verdes, llenas de unas grandes orejas y pelo sin cortar y de las finas cerdas que brotaban de las mismas orejas, sobresalían a ambos lados como señales de giro que indicasen dos direcciones a la vez. Los labios, gordos y bembones, brotaban protuberantes bajo el tupido bigote negro y se hundían en sus comisuras, en plieguecitos llenos de reproche y de restos de patatas fritas. En la sombra, bajo la visera verde de la gorra, los altaneros ojos azules y amarillos de Ignatius J. Reilly miraban a las demás personas que esperaban bajo el reloj junto a los grandes almacenes D. H. Holmes, estudiando a la multitud en busca de signos de mal gusto en el vestir. Ignatius percibió que algunos atuendos eran lo bastante nuevos y lo bastante caros como para ser considerados sin duda ofensas al buen gusto y la decencia. La posesión de algo nuevo o caro sólo reflejaba la falta de teología y de geometría de una persona. Podía proyectar incluso dudas sobre el alma misma del sujeto.

Ignatius vestía, por su parte, de un modo cómodo y razonable. La gorra de cazador le protegía contra los enfriamientos de cabeza. Los voluminosos pantalones de tweed eran muy duraderos y permitían una locomoción inusitadamente libre. Sus pliegues y rincones contenían pequeñas bolsas de aire rancio y cálido que a él le complacían muchísimo. La sencilla camisa de franela hacía innecesaria la chaqueta, mientras que la bufanda protegía la piel que quedaba expuesta al aire entre las orejeras y el cuello. Era un atuendo aceptable, según todas las normas teológicas y geométricas, aunque resultase algo abstruso, y sugería una rica vida interior.

Cambiando el peso del cuerpo de una cadera a otra a su modo pesado y elefantíaco, Ignatius desplazó oleadas de carne que se ondularon bajo el

tweed y la franela, olas que rompieron contra botones y costuras. Una vez redistribuido el peso de este modo, consideró el gran rato que llevaba esperando a su madre. Consideró en especial el desasosiego que estaba empezando a sentir. Parecía que todo su ser estuviera a punto de estallar, desde las hinchadas botas de ante, y, como para verificarlo, Ignatius desvió sus ojos singulares hacia los pies. Los pies parecían hinchados, desde luego. Estaba decidido a ofrecer la visión de aquellas botas hinchadas a su madre como prueba de la desconsideración con que le trataba. Al alzar la vista, vio que el sol empezaba a descender sobre el Mississippi al fondo de la Calle Canal. El reloj de Holmes marcaba casi las cinco. Ignatius estaba puliendo ya unas cuantas acusaciones cuidadosamente estructuradas, destinadas a inducir a su madre al arrepentimiento o, por lo menos, a la confusión. Tenía que mantenerla en su sitio.

Su madre le había llevado al centro en el viejo Plymouth, y mientras ella iba a ver al médico por su artritis, Ignatius había comprado en Werlein's unas partituras musicales para su trompeta y una cuerda nueva para el laúd. Luego, había entrado en la sala de juegos de la Calle Royal para ver si habían instalado alguna máquina nueva. Le decepcionó el que hubiera desaparecido la máquina de béisbol. Quizá la estuvieran reparando. La última vez que jugó con ella, el bateador no funcionaba y, tras cierta discusión, el encargado le había devuelto el dinero, pero los clientes habían sido tan ruines como para comentar que la había roto el propio Ignatius a patadas.

Concentrándose en el destino de la máquina de béisbol en miniatura, Ignatius apartaba su ser de la realidad material de la Calle Canal y de la gente que le rodeaba, por lo que no advirtió los dos ojos que le observaban ávidamente desde detrás de una de las columnas de D. H. Holmes, dos ojos tristes en los que brillaban la esperanza y la ansiedad.

¿Sería posible reparar aquella máquina en Nueva Orleans? Probablemente sí. Sin embargo, quizá la hubieran enviado a un lugar como Milwaukee o Chicago o alguna otra ciudad cuyo nombre asociaba Ignatius con eficientes talleres de reparación y fábricas siempre humeantes. Ignatius esperaba que trataran con el cuidado debido aquel juego de béisbol en el transporte, de modo que ninguno de sus pequeños jugadores se esportillase

o se lisiase por la brutalidad de unos empleados ferroviarios decididos a hundir para siempre al ferrocarril con las reclamaciones por daños de los expedidores, ferroviarios que posteriormente se declararían en huelga y destruirían la estación central de Illinois.

Mientras Ignatius consideraba el placer que aquel pequeño juego de béisbol proporcionaba a la humanidad, los dos ojos tristes y ávidos avanzaron hacia él entre la multitud como torpedos dirigidos a un petrolero grande y lanudo. El policía dio un tirón a la bolsa de papel de partituras de Ignatius.

—¿Tiene usted algún documento de identificación, señor? —preguntó el policía, en un tono de voz que indicaba que tenía la esperanza de que Ignatius fuese oficialmente inidentificable.

—¿Qué? —Ignatius bajó la vista hacia la enseña de la gorra azul—. ¿Quién es usted?

—Enséñeme su carnet de conducir.

—Yo no conduzco. ¿Sería usted tan amable de largarse? Estoy esperando a mi madre.

—¿Qué es lo que cuelga de esa bolsa?

—¿Qué cree usted que va a ser, imbécil? Una cuerda para mi laúd.

—¿Qué es eso? —el policía retrocedió un poco—. ¿Es usted de la ciudad?

—¿Acaso la tarea del departamento de policía es acosarme a mí cuando esta ciudad es la desvergonzada capital del vicio del mundo civilizado? —atronó Ignatius, por encima del gentío que había frente a los grandes almacenes—. Esta ciudad es famosa por sus jugadores, prostitutas, exhibicionistas, anticristos, alcohólicos, sodomitas, drogadictos, fetichistas, onanistas, pornógrafos, estafadores, mujerzuelas, por la gente que tira la basura a la calle, por sus lesbianas... gentes todas que viven en la impunidad mediante sobornos. Si tiene usted un momento, estoy dispuesto a discutir con usted el problema de la delincuencia; pero no cometa el error de fastidiarme a mí.

El policía agarró a Ignatius por el brazo pero fue agredido en la gorra con las partituras musicales. La cuerda colgante del laúd le dio en la oreja.

—Eh —protestó el policía.

—¡Toma eso! —gritó Ignatius, percibiendo que estaba empezando a formarse un círculo de compradores interesados.

Dentro del D. H. Holmes, la señora Reilly estaba en el departamento de bollería, el pecho maternal apoyado en una vitrina que contenía almendrados. Uno de sus dedos, gastado de frotar tantos años los gigantescos y amarillentos calzoncillos de su hijo, tamborileó en la vitrina para llamar la atención de la vendedora.

—Eh, señorita Inés —dijo la señora Reilly con ese acento que al sur de Nueva Jersey sólo existe en Nueva Orleans, esa Hoboken del Golfo de México—. Venga, venga aquí, chica.

—Vaya, ¿cómo le va? —preguntó la señorita Inés—. ¿Qué tal, querida?

—No demasiado bien —dijo, sincera, la señora Reilly.

—Qué lata, verdad —la señorita Inés se apoyó en la vitrina y se olvidó de las pastas—. Tampoco yo me siento nada bien. Estos pies...

—Señor, Señor, ojalá tuviera yo tanta suerte. Lo mío es *arturitis* en el codo.

—¡Oh, no! —dijo la señorita Inés con verdadera simpatía—. Mi pobre papá también la tiene. Le hacemos meterse en una bañera llena de agua hirviendo.

—Mi hijo se pasa todo el día flotando en la nuestra. Yo apenas puedo entrar en el cuarto de baño.

—Creí que estaba casado...

—¿Ignatius? Sí, sí, ojalá —dijo, con tristeza la señora Reilly—. ¿Quiere darme dos docenas de esas variadas, querida?

—Pues yo creía que me había dicho usted que se había casado —dijo la señorita Inés, mientras iba metiendo las pastas en una caja.

—Ni perspectiva tiene siquiera de casarse. La novia aquella que tenía se largó.

—Bueno, aún está a tiempo.

—Sí, sí, claro —dijo con indiferencia la señora Reilly—. ¿Quiere ponerme también media docena de bizcochos borrachos? Ignatius se pone insoportable cuando se acaban las pastas.

—Así que a su chico le gustan las pastas, ¿eh?

—Oh, Señor, este codo me está matando —contestó la señora Reilly.

En el centro del grupo que se había formado delante de los grandes almacenes, se balanceaba violenta la gorra de cazador, un verde destello en el círculo de gente.

—Hablaré con el alcalde —gritaba Ignatius.

—Deje en paz al muchacho —dijo una voz entre la multitud.

—Vaya a detener a esas chicas que se desnudan de la Calle Bourbon —añadió un viejo—. Él es un buen chico. Está esperando a su mamá.

—Gracias —dijo, desdeñoso, Ignatius—. Espero que todos ustedes den testimonio de este ultraje.

—Vamos, acompáñeme —le dijo el policía con menguante seguridad. A su alrededor había ya casi una multitud y no se veía ni a un guardia de tráfico—. Vamos a la comisaría.

—Así que un buen muchacho no puede ya ni esperar a su mamá a la puerta de un comercio —era de nuevo el viejo—. Convénzanse, la ciudad nunca fue así. Esto es el comunismo.

—¿Está llamándome usted comunista? —preguntó el policía al viejo, mientras procuraba evitar los latigazos de la cuerda del laúd—. Le llevaré también a usted. Así mirará más a quién anda llamando comunista.

—A mí no puede usted detenerme —gritó el viejo—. Pertenezco al Club Edad Dorada, patrocinado por el Departamento Recreativo de Nueva Orleans.

—Deje en paz a ese anciano, policía de mierda —chilló una mujer—. Es probable que tenga ya nietos.

—Los tengo —dijo el viejo—. Tengo seis nietos, estudian todos con las hermanas. Y son muy listos, además.

Sobre las cabezas del gentío, Ignatius vio a su madre que salía despacito del vestíbulo de los almacenes cargando con los artículos de repostería como si fuesen cajas de cemento.

—¡Mamá! —gritó—. Llegas en el momento justo. Me han detenido.

Abriéndose paso entre la gente, la señora Reilly dijo:

—¡Ignatius! ¿Pero qué pasa? ¿Qué has hecho ahora? Eh, oiga, quítele esas manos de encima a mi hijo.

—No le estoy tocando, señora —dijo el policía—. ¿Este de aquí es su hijo?

La señora Reilly arrebató a Ignatius la zumbante cuerda de laúd.

—Pues claro que soy su hijo —dijo Ignatius—. ¿Es que no ve usted el afecto que siento por mí?

—Sí, esa señora quiere mucho a su hijo —corroboró el viejo.

—¿Qué intenta usted hacerle a mi pobre niño? —preguntó la señora Reilly al policía; Ignatius palmeó con una de sus inmensas zarpas el pelo teñido con alheña de su madre—. ¿Cómo se atreve usted a detener a un pobre muchacho con toda la gente que anda suelta por esta ciudad? Está esperando a su mamá e intentan detenerle.

—Aquí tendría que intervenir el Sindicato de Libertades Civiles —comentó Ignatius, apretando con la zarpa el hombro caído de su madre—. Hemos de comunicárselo a Myrna Minkoff, mi amor perdido. Ella sabe de estas cosas.

—Son los comunistas —interrumpió el viejo.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el policía a la señora Reilly.

—Treinta años —contestó Ignatius, condescendiente.

—¿Tiene usted trabajo?

—Ignatius tiene que ayudarme en casa —dijo la señora Reilly; empezaba a fallarle un poco su valor inicial, así que se puso a enroscar la cuerda del laúd con el cordel de las cajas de las pastas—. Tengo una arturitis horrible.

—Limpio un poco el polvo —explicó Ignatius al policía—. Además, estoy escribiendo una extensa denuncia contra nuestro siglo. Cuando mi cerebro se agota de sus tareas literarias, suelo hacer salsa de queso.

—Ignatius hace unas salsas de queso deliciosas —dijo la señora Reilly.

—Es un detalle estupendo —señaló el viejo—. La mayoría de los muchachos se pasan el día correteando por ahí.

—¿Por qué no se calla usted? —dijo el policía al viejo.

—Ignatius —preguntó la señora Reilly con voz trémula—, ¿qué has hecho, hijo mío?

—Bueno, mamá, la verdad es que creo que el que empezó fue él —Ignatius señaló al viejo con la bolsa de partituras—. Yo estaba aquí, esperándote, rezando para que las noticias del médico fueran alentadoras.

—Llévese de aquí a ese viejo —dijo la señora Reilly al policía—. Está armando líos. Es una vergüenza que dejen sueltas por la calle a personas como él.

—Todos los policías son comunistas —gritó el viejo.

—¿Pero no le dije a usted que se callara? —dijo el policía, furioso.

—Todas las noches me pongo de rodillas y doy gracias a Dios de que estemos protegidos —explicó la señora Reilly a la multitud—. Sin la policía, todos estaríamos muertos a estas horas. Estaríamos tumbados en la cama con el cuello cortado de oreja a oreja.

—Eso es una gran verdad, sí, señor —confirmó una mujer entre la multitud.

—Deberíamos rezar un rosario por las fuerzas del orden.

La señora Reilly dirigía ahora sus comentarios a la multitud. Ignatius le acarició torpemente el hombro, susurrando frases de aliento.

—¿Pero rezaríamos un rosario por un comunista? —añadió la señora Reilly.

—No —contestaron fervorosamente varias voces. Alguien dio un empujón al viejo.

—Es cierto, señora —grito el viejo—. Él intentaba detener a su hijo igual que en Rusia. Son todos comunistas.

—Vamos —dijo el policía al viejo. Y le agarró rudamente por la espalda del abrigo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ignatius, observando al pálido y pequeño policía que intentaba sujetar al viejo—. Tengo los nervios hechos migas.

—¡Socorro! —gritó el viejo, apelando a la multitud—. Esto es un abuso. ¡Es una violación de la Constitución!

—Está loco, Ignatius —dijo la señora Reilly—. Será mejor que nos marchemos de aquí, niño. —Luego se volvió a la gente y dijo—: Vayanse, amigos. Podría matarnos a todos. Yo, personalmente, creo que puede que el comunista sea él.

—No tienes que exagerar, madre —dijo Ignatius mientras se abrían paso entre la multitud, que empezaba a dispersarse. Enfilaron a buen paso Calle Canal abajo.

Ignatius miró atrás y vio al viejo y al policía bajito forcejeando bajo el reloj de los grandes almacenes.

—¿Podrías aminorar un poquito la marcha? Creo que tengo un soplo cardíaco.

—Oh, cállate ya. ¿Cómo crees que me siento yo? A mi edad no debería correr de este modo.

—El corazón es importante a cualquier edad, creo yo.

—Tú tienes el corazón perfectamente.

—Lo tendría si caminásemos un poco más despacio —los pantalones de tweed se le hinchaban alrededor de las nalgas gargantuescas mientras caminaban calle abajo—. ¿Tienes la cuerda de mi laúd?

La señora Reilly arrastró tras sí a Ignatius, doblaron la esquina y entraron en la Calle Bourbon. Allí empezaba el Barrio Francés.

—¿Por qué se metió contigo aquel policía, muchacho?

—No tengo idea. Pero probablemente venga a por nosotros en cuanto haya dominado a aquel viejo fascista.

—¿Tú crees? —preguntó nerviosa la señora Reilly.

—Yo diría que sí. Parecía decidido a detenernos. Debe tener que cubrir una especie de cuota mínima o algo así. Dudo muchísimo de que me deje burlarle así tan fácilmente.

—¡Sería espantoso! Saldrías en todos los periódicos, Ignatius.

»¡Qué desgracia! Tienes que haber hecho algo mientras estabas esperándome, Ignatius. Te conozco, muchacho.

—Sólo estaba pensando en mis cosas, te lo aseguro —jadeó Ignatius—. Por favor, tenemos que parar. Creo que voy a tener una hemorragia.

—Bueno, bueno.

La señora Reilly contempló la cara enrojecida de su hijo y comprendió que se desmayaría muy satisfecho a sus pies sólo para ratificar sus palabras. Ya lo había hecho otras veces. La última vez que le obligó a acompañarla a misa un domingo, se había desmayado dos veces camino de la iglesia, y otra vez durante el sermón, de pura flojera, cayéndose del banco y provocando un incidente de lo más embarazoso.

—Lo mejor será entrar aquí y sentarse un poco.

Y le empujó con una de las cajas de pastas hacia la entrada de un bar, el Noche de Alegría. En una oscuridad que olía a whisky y a colillas, se encaramaron en sendos taburetes. Mientras la señora Reilly colocaba las cajas de pastas en la barra, Ignatius dilató las flexibles aletas de su nariz y dijo:

—Dios mío, mamá, esto huele de un modo asqueroso. Se me está revolviendo el estómago.

—¿Acaso quieres volver a la calle? ¿Quieres que te coja ese policía?

Ignatius no contestó, pero resopló ruidosamente haciendo muecas. Un camarero, que había estado observándoles, preguntó quisquilloso desde las sombras:

—¿Sí?

—Yo un café —dijo majestuosamente Ignatius—. Café de achicoria y leche caliente.

—Muy bien —dijo el camarero.

—Quizá no me vea capaz de tomarlo —le dijo a su madre—. Es una cosa abominable.

—Pues toma una cerveza, Ignatius. No vas a morirte por eso.

—Puedo hincharme.

—Yo tomaré una Dixie 45 —dijo la señora Reilly al camarero.

—¿Y el caballero? —preguntó el camarero con voz sonora y engolada—. ¿Qué tomará usted?

—Tráigale una Dixie también.

—No debo beber eso —dijo Ignatius mientras el camarero iba a por las cervezas.

—No podemos estar aquí sentados sin tomar nada, Ignatius.

—No entiendo por qué. Somos los únicos clientes. Deberían estar muy contentos de tenernos.

—Aquí hay chicas de ésas que se desnudan de noche, ¿verdad? —dijo la señora Reilly, dándole un codazo a su hijo.

—Es muy probable —dijo fríamente Ignatius; parecía muy pesaroso—. Podríamos haber entrado en cualquier otro sitio. Tengo la sospecha de que la policía hará una redada en este lugar en cualquier momento.

Luego resolló sonoramente, carraspeó y dijo:

—Menos mal que mi bigote filtra parte del hedor. Aun así, mis órganos olfativos están empezando a emitir señales de inquietud.

Tras lo que pareció mucho tiempo, durante el cual hubo mucho tintineo de vasos y cierres de neveras en un lugar indeterminado, en las sombras, apareció de nuevo el camarero y puso ante ellos las cervezas, haciendo como que volcaba la de Ignatius sobre el regazo de éste. Los Reilly recibían el peor servicio que se dispensaba en el Noche de Alegría, el tratamiento destinado a los clientes indeseables.

—¿No tendrán ustedes por casualidad un Dr. Nut frío? —preguntó Ignatius.

—No.

—Es que a mi hijo le encantan los Dr. Nut —explicó la señora Reilly—. Tengo que comprárselos por cajas. A veces, se sienta y se toma dos o tres seguidos él solo.

—Estoy seguro de que eso a este señor no le interesa lo más mínimo —dijo Ignatius.

—¿Por qué no se quita usted la gorra? —preguntó el camarero.

—¡Ni hablar! —atronó Ignatius—. ¡Con el frío que hace aquí!

—Bueno, allá usted —dijo el camarero, y se perdió en las sombras del otro extremo de la barra.

—¡Qué barbaridad!

—Cálmate —dijo su madre.

Ignatius alzó la orejera del lado de su madre.

—En fin, alzaré esto para que no tengas que forzar la voz. ¿Qué dijo el médico de tu codo, o lo que sea?

—Tengo que darme masajes.

—Supongo que no querrás que te los dé yo. Ya sabes lo que pienso de ese asunto de tocar a los otros.

—Me dijo que procurara evitar el frío todo lo posible.

—Si yo supiera conducir, podría ayudarte más, supongo.

—Bueno, no te preocupes, querido.

—En realidad, hasta ir en coche me afecta, sí. Por supuesto, lo peor es ir en uno de esos espantosos autocares, uno de esos grandes monstruos de dos pisos, los Scenecruisers Greyhound. Ir allá arriba. ¿Te acuerdas cuando fui

en un monstruo de ésos a Baton Rouge? Vomité varias veces. El chófer tuvo que parar en medio de los pantanos para que me bajara y paseara un rato. Los demás viajeros se enfadaron muchísimo. Debían tener estómagos de acero para poder ir tan tranquilos en aquella máquina infernal. El solo hecho de salir de Nueva Orleans, me altera considerablemente. Tras los límites de la ciudad empieza el corazón de las tinieblas, la auténtica selva.

—Ya recuerdo ya, Ignatius —dijo con aire ausente la señora Reilly, bebiendo a grandes tragos la cerveza—. Cuando volviste a casa estabas malo de veras.

—Entonces ya me sentía mejor. Lo peor fue cuando llegué a Baton Rouge. Me di cuenta de que tenía un billete de ida y vuelta, y que tendría que volver en aquel autobús.

—Todo eso ya me lo contaste, chico.

—Volver en taxi a Nueva Orleans me costó cuarenta dólares, pero al menos no me puse violentamente enfermo durante el viaje, aunque sentí ganas de vomitar varias veces. Obligué al chófer a ir muy despacio, lo cual resultó una desgracia para él. La policía del Estado le paró dos veces por ir a velocidad inferior al límite mínimo por autopista. La tercera vez que le pararon le quitaron el permiso de conducir. Habían estado vigilándonos con el radar durante todo el viaje, al parecer.

La atención de la señora Reilly bailaba entre su hijo y la cerveza. Llevaba tres años oyendo aquella historia.

—Por supuesto —continuó Ignatius, confundiendo la expresión absorta de su madre con un vivo interés por lo que le contaba— era la primera vez en mi vida que salía de Nueva Orleans. Puede que fuese la falta de un centro de orientación lo que me alteró. Correr a tanta velocidad en aquel autobús era como precipitarse en el abismo. Cuando salimos de los pantanos y llegamos a aquellos cerros ondulantes que hay cerca ya de Baton Rouge, empecé a sentir miedo, empecé a pensar que unos cuantos campesinos fanáticos podrían empezar a tirar bombas a aquel autobús. Les gusta atacar a los vehículos, que son un símbolo del progreso.

—Bueno, me alegro de que no cogieras aquel trabajo, sabes —dijo maquinalmente la señora Reilly.

—No podía. Cuando vi al director del departamento de cultura medieval, empezaron a salirme de inmediato unas pequeñas protuberancias blancas en las manos. Era un hombre absolutamente desalmado. Luego hizo aquel comentario porque yo no llevaba corbata y se burló de mi chaqueta de maderero. Me dejó atónito que una persona tan insustancial se atreviera a hacerme semejante afrenta. Aquella chaqueta era una de las pocas dulzuras que me permitía esta vida y si diese alguna vez con el lunático que me la robó, le denunciaría a la autoridad correspondiente.

La señora Reilly vio de nuevo aquella horrible chaqueta de maderero llena de manchas de café que ella siempre había querido regalar a los Voluntarios de América, junto con varias prendas más del vestuario favorito de Ignatius.

—En fin, quedé tan abrumado por la absoluta zafiedad de aquel espúreo «director», que abandoné corriendo su oficina en mitad de una de sus estúpidas divagaciones y entré en los lavabos más próximos, que resultaron ser los de «profesores». Y, bueno, cuando estaba sentado en una de aquellas cabinas, con la chaqueta de maderero sobre la puerta, de repente vi que la chaqueta desaparecía. Oí unas rápidas pisadas. Luego, se cerró la puerta de los lavabos. Por un instante, me sentí incapaz de perseguir al desvergonzado ladrón, así que comencé a gritar. Alguien entró en los lavabos y llamó a la puerta de la cabina. Resultó ser un miembro de las fuerzas de seguridad del campus, o por lo menos eso dijo. A través de la puerta le expliqué exactamente lo ocurrido. Prometió encontrar la chaqueta y se fue. En realidad, como ya te he dicho otras veces, siempre he sospechado que él y el «director» eran la misma persona. Las voces eran muy parecidas.

—Está claro que no se puede confiar en nadie en estos tiempos, cariño.

—Salí en cuanto pude de los lavabos, deseoso de abandonar aquel horrible lugar. A punto estuve de helarme en aquel campus desolado, intentando conseguir un taxi. Por fin localicé uno que accedió a traerme a Nueva Orleans por cuarenta dólares, y, además, aquel taxista fue tan caritativo que me prestó su chaqueta. Aunque cuando llegamos aquí estaba muy deprimido por haberse quedado sin permiso de conducir, y, en fin, más bien hosco conmigo. Parecía tener un principio de catarro también, a juzgar por sus frecuentes estornudos. En fin, fueron casi dos horas en la autopista.

—Creo que me tomaría una cerveza más, Ignatius.

—¡Mamá! ¿En este horrible lugar?

—Sólo una, chico. Vamos, quiero otra.

—Cogerás algo malo con esos vasos. Pero en fin, si estás decidida, pídemme a mí un coñac, ¿de acuerdo?

La señora Reilly hizo una señal al camarero, que salió de las sombras y preguntó:

—¿Y qué fue lo que le pasó en aquel autobús, amigo? No entendí el final de la historia.

—¿Tendría usted la bondad de atender el bar como es debido? —dijo Ignatius furioso—. Su obligación es servir en silencio lo que le pidan. Si quisiéramos incluirle a usted en nuestra conversación se lo habríamos indicado. Sepa que estamos discutiendo cuestiones personales de no poca importancia.

—El señor sólo pretende ser amable Ignatius. Debería darte vergüenza.

—Eso es contradictorio en sí mismo. Nadie puede ser amable ni bueno en un antro como éste.

—Queremos otras dos cervezas.

—Una cerveza y un coñac —corrigió Ignatius.

—No hay más vasos limpios —dijo el camarero.

—Vaya, qué lástima —dijo la señora Reilly—. En fin, podemos usar los mismos que tenemos.

El camarero se encogió de hombros y se perdió de nuevo en las sombras.

## II

En la comisaría, el viejo se sentó en un banco con los demás, ladrones de tiendas la mayoría, que constituían la última redada de la tarde. Se había colocado pulcramente sobre un muslo la tarjeta de la Seguridad Social, la de la St. Odo Of Cluny Holy Name Society, una insignia del Club Edad Dorada y una hoja de papel que le identificaba como miembro de la Legión Americana. Un joven negro, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol Era Espacial, estudiaba el pequeño dossier emplazado en aquel muslo contiguo al suyo.

—¡Caramba! —dijo, sonriendo—. Usté pertenece a casi tó.

El viejo reordenó meticulosamente sus tarjetas sin decir nada.

—¿Y cómo es que han traío aquí a una persona como usté? —las gafas de sol echaron humo sobre las tarjetas del viejo—. Estos polis deben está desesperaos.

—Estoy aquí porque se han violado mis derechos constitucionales —dijo el viejo, con súbita cólera.

—No van a creérselo, ¿sabe? Será mejó que invente usté otra cosa —una mano oscura avanzó hacia una de las tarjetas—. Eh, oiga, ¿qué significa esto de «Edad Dorada»?

El viejo cogió la tarjeta y volvió a colocarla con las otras.

—Esas tarjetitas no le servirán de ná. Le meterán en la cárcel de tos modos. Ellos meten en la cárcel a tó el mundo.

—¿Cree usted? —preguntó el viejo a la nube de humo.

—Claro —una nueva nube se alzó flotando—. ¿Cómo es que está usté aquí, hombre?

—No sé.

—¿Que no sabe? ¡Vaya! Qué locura. Por algo será. A la gente de coló la cogen muchas veces por na, pero usté tié que está aquí por algo, señó.

—La verdad es que no lo sé —dijo lúgubrementemente el viejo—. Yo estaba con un grupo de gente delante de D. H. Holmes.

—Y le robó la cartera a alguien.

—No, le llamé una cosa a un policía.

—¿Pero qué le llamó?

—Comunista.

—¡Comunista! Buuuu. Si yo le llamase a un policía comunista, este culo estaría ya entre rejas, seguro. Pero me gustaría llámale comunista a un tipo de esos. En fin, yo estaba esta tarde en Woolsworth y un tipo va y roba una bolsa de anacardos y el dependiente se pone a chilla como si le hubieran pinchao. ¡Paf! Inmediatamente me agarra un tipo y luego un policía cabrón me saca de allí a rastras. Hay que darle a la gente una oportunidad. ¡Sí señó! —chupó el cigarrillo—. Nadie me encontró encima los anacardos; pero, de todos modos, el poli me sacó de allí a rastras. Creo que aquel tipo era comunista, un comunista hijoputa y cabrón.

El viejo carraspeó y jugó con sus tarjetas.

—Probablemente le dejen marcharse —dijeron las gafas de sol—. A mí probablemente me suelten una pequeña plástica para asústame, aunque sepan que no cogí los anacardos. Puede que intenten demostrar que los cogí. Pueden comprá una bolsa y métemela en el bolsillo sin que yo me dé cuenta. Los de Woolsworth probablemente quieran que me encierren pa toa la vida.

El negro parecía totalmente resignado y lanzó una nueva nube de humo azul que le envolvió a él y envolvió al viejo y a sus tarjetas. Luego, se dijo: «¿Quién cogería los anacardos? Probablemente los cogiese aquel mismo tipo.»

Un policía llamó al viejo indicándole que se acercase a la mesa que había en el centro de la estancia, donde estaba sentado un sargento. Allí estaba también, de pie, el patrullero que le había detenido.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el sargento al viejo.

—Claude Robichaux —contestó él, y puso sus tarjetitas sobre la mesa, ante el sargento.

El sargento miró las tarjetas y dijo:

—Aquí el patrullero Mancuso dice que opuso usted resistencia a la autoridad y que le llamó comunista.

—Fue sin darme cuenta —dijo apesadumbrado el viejo, percibiendo la furia con que el sargento trataba las tarjetitas.

—Según Mancuso, usted dijo que todos los policías son comunistas.

—¡Ahí va! —dijo el negro, desde el otro lado de la habitación.

—¿Quieres callarte, Jones? —gritó el sargento.

—Vale, vale, me callo —contestó Jones.

—Luego me ocuparé de ti.

—Bueno, yo no llamé comunista a nadie —dijo Jones—. A mí me lió el tipo aquél de Woolsworth. Ni siquiera me gustan los anacardos.

—Cierra el pico, ¿quieres?

—Bueno, bueno, está bien —dijo alegremente Jones, y lanzó un gran nubarrón de humo.

—No dije con intención lo que dije —explicó el señor Robichaux al sargento—. Es que me puse nervioso. No pude controlarme. Este policía intentaba detener a un pobre chico que estaba esperando a su mamá junto a Holmes.

—¿Qué? —el sargento se volvió al policía pálido y bajito—. ¿Qué intentaba usted hacer?

—No era un chico —dijo Mancuso—. Era un hombre gordo y grande con una indumentaria muy rara. Parecía un sospechoso. Yo sólo quería hacer una inspección de rutina y él ofreció resistencia. Además, parecía un pervertido sexual.

—¿Un pervertido? —preguntó ávidamente el sargento.

—Sí —dijo Mancuso, con renovada confianza—. Un prevertido grande, muy grande.

—¿Cómo de grande?

—El más grande que he visto en toda mi vida —dijo Mancuso, extendiendo los brazos como si describiese un trofeo de pesca. Al sargento le brillaron los ojos—. Lo primero que vi fue aquella gorra verde de cazador que llevaba.

Jones escuchaba con atento distanciamiento, desde algún punto del interior de su nube.

—Bueno, Mancuso, ¿y qué pasó? ¿Cómo es que no está aquí delante de mí?

—Se largó. Salió aquella mujer de la tienda y lo lió todo y se fueron corriendo, doblaron la esquina y se metieron en el Barrio Francés.

—Vaya, dos personajes del Barrio Francés —dijo el sargento súbitamente iluminado.

—No, señor —interrumpió el viejo—. Ella era de veras su mamá. Una señora muy agradable y muy simpática. Yo ya les he visto otras veces por el centro. Este policía la asustó.

—Escuche, Mancuso —chilló el sargento—. Es usted el único miembro del cuerpo capaz de intentar detener a alguien separándolo de su madre. ¿Y por qué ha traído usted aquí al abuelo, a ver, dígame? Telefonee a su familia y dígalas que vengan a recogerle.

—Por favor —suplicó el señor Robichaux—. Eso no. Mi hija está ocupada con los chicos. No me han detenido en toda mi vida. Ella no puede venir a buscarme. ¿Qué van a pensar mis nietos? Estudian todos con las hermanas.

—Consiga el número de su hija, Mancuso. ¡Esto le enseñará a llamarnos comunistas!

—¡Por favor! —el señor Robichaux lloraba—. Mis nietos me respetan.

—¡Dios santo! —dijo el sargento—. Intentar detener a un chico que iba con su mamá, traer aquí a este abuelo. Lárguese usted de aquí ahora mismo, Mancuso. Llévese al abuelo. ¿Quiere detener usted a tipos sospechosos? Pues no se preocupe, que ya le ayudaremos.

—Sí, señor —dijo débilmente Mancuso, llevándose al sollozante viejo.

—¡Juá! —dijo Jones desde las profundidades más secretas de su nube.

### III

Iba anocheciendo fuera del Noche de Alegría. Comenzó a iluminarse la Calle Bourbon. Parpadearon los letreros de neón, reflejándose en las calles humedecidas por la leve llovizna que ya llevaba un rato cayendo. Los taxis que traían a los primeros clientes de la noche, turistas del Medio Oeste y gente que venía a convenciones, producían rumores chapoteantes en la fría oscuridad.

En el Noche de Alegría había algunos clientes más, un hombre que repasaba con el dedo un boleto de apuestas de las carreras, una rubia deprimida que parecía relacionada de algún modo con el bar y un joven elegantemente vestido que fumaba Salems en cadena y bebía daiquiris helados a grandes tragos.

—Será mejor que nos vayamos, Ignatius —dijo la señora Reilly y eructó.

—¿Qué? —aulló Ignatius—. Hemos de quedarnos para ver la corrupción. Como puedes observar, ya empieza.

El joven elegante se derramó el daiquiri en la chaqueta de terciopelo verde botella.

—Eh, camarero —llamó la señora Reilly—. Traiga un paño. Uno de los clientes acaba de derramar la bebida.

—No se preocupe, querida —dijo furioso el joven, que arqueó una ceja mirando a Ignatius y a su madre—. En realidad, creo que me he equivocado de bar.

—No se inquiete usted, querido —aconsejó la señora Reilly—. ¿Qué es eso que bebe? Parece una bola de nieve al ananá.

—Dudo que entendiese lo que es, aunque se lo explicase.

—¿Cómo se atreve usted a decirle eso a mi amada madre?

—Oh, vamos, tú cállate, grandullón —masculló el joven—. Oh, cómo me he puesto la chaqueta...

—Es realmente grotesco.

—Bueno, ya está bien, se acabó. Seamos amigos —dijo la señora Reilly con los labios llenos de espuma—. Ya tenemos bastantes bombas y cosas de éstas.

—Sí, y parece que su hijo es de los que les encanta tirarlas.

—Bueno, bueno, hagan los dos las paces. Este es un lugar donde todos deberían venir a divertirse —la señora Reilly sonrió al joven—. Permítame invitarle a otra ronda, muchacho, por lo que se le ha caído. Y creo que yo me tomaré otra Dixie.

—No, tengo que irme —suspiró el joven—. Gracias de todos modos.

—¿En una noche como ésta? —preguntó la señora Reilly—. Oh, vamos, no haga caso de lo que diga Ignatius. ¿Por qué no se queda y ve el espectáculo?

El joven alzó los ojos hacia el techo.

—Sí —la rubia rompió su silencio—, podrá ver un poco de culo y de tetas.

—Madre —dijo fríamente Ignatius—. Creo que estás dando confianzas a gente que no se las merece.

—Fuiste tú quien quiso quedarse, Ignatius.

—Sí, quise quedarme, pero como observador. No siento grandes deseos de mezclarme con esa gente.

—Querido, he de decirte, para que lo sepas, que no puedo soportar más esa historia del autobús esta noche. Ya me la has contado cuatro veces desde que estamos aquí.

Ignatius pareció ofenderse.

—No sospechaba siquiera que estuviera aburriéndote. Después de todo, aquel viaje en autobús fue una de las experiencias más formativas de mi vida. Como madre, deberían interesarte los traumas que han condicionado mi visión del mundo.

—¿Qué es eso del autobús? —preguntó la rubia, trasladándose al taburete contiguo al de Ignatius—. Me llamo Darlene. Me gustan las historias interesantes. ¿Es divertida la tuya?

El camarero posó ruidosamente la cerveza y el daiquiri justo cuando el autobús arrancaba en su viaje hacia la vorágine.

—Tome, aquí tiene un vaso limpio —masculló el camarero dirigiéndose a la señora Reilly.

—Oh, qué amable. Mira, Ignatius, he conseguido un vaso limpio.

Pero su hijo estaba demasiado preocupado con su llegada a Baton Rouge para oírla.

—Sabes, querido —dijo la señora Reilly al joven—, yo y mi chico tuvimos hoy problemas. La policía intentó detenerle.

—Oh, querida. Los policías son siempre tan obstinados, ¿verdad?

—Sí, y eso que Ignatius tiene título universitario y todo.

—¿Y qué demonios era lo que hacía?

—Nada. Sólo estaba esperando a su pobre mamá querida.

—Su atuendo es un poco raro. Creí que era actor, aunque procuré no imaginar siquiera en qué podría actuar.

—No hago más que decirle lo de la ropa, pero no me hace caso —la señora Reilly contempló la espalda de la camisa de franela de su hijo y el pelo que le caía en rizados por la nuca—. Eso sí que es bonito, esa chaqueta que lleva usted.

—¿Esto? —preguntó el joven, palpando el terciopelo de la manga—. No me importa decirle que cuesta una fortuna. La encontré en una tiendecita del Village.

—Pues no parece usted del campo.

—Oh, Dios mío —suspiró el joven, y encendió un Salem con un gran clic del mechero—. Me refiero a Greenwich Village de Nueva York, querida. Por cierto, ¿dónde consiguió usted ese sombrero? Es verdaderamente fantástico.

—Ay, Señor, Señor, pero si lo tengo desde que Ignatius hizo la primera comunión.

—¿Estaría usted dispuesta a venderlo?

—¿Cómo dice?

—Soy comerciante de ropa usada. Le daré diez dólares por el sombrero.

—Oh, vamos, ¿por esto?

—¿Quince?

—¿De veras? —la señora Reilly se quitó el sombrero—. Claro que sí, querido —el joven abrió la cartera y dio a la señora Reilly tres billetes de

cinco dólares. Luego, terminó el daiquiri, se levantó y dijo:

—Bueno, debo irme enseguida.

—¿Tan pronto?

—Fue un verdadero placer conocerla.

—Tenga cuidado en la calle con el frío y la humedad.

El joven sonrió, metió el sombrero cuidadosamente debajo de la trinchera y se fue.

—La patrulla del radar —estaba diciéndole Ignatius a Darlene— es lógicamente infalible. Parece ser que el taxista y yo estuvimos haciendo pequeñas manchitas en su pantalla durante todo el trayecto desde Baton Rouge.

—Así que te estaban controlando por radar —bostezó Darlene—. Hay que ver, qué barbaridad.

—Ignatius tenemos que irnos ya —dijo la señora Reilly—. Tengo hambre.

Y al volverse hacia él, tiró al suelo la botella de cerveza, que estalló en una rociada de aristados cristales marrones.

—Mamá, ¿pero qué es esto? —exclamó irritado Ignatius—. ¿Es que no te das cuenta de que la señora Darlene y yo estamos hablando? Tienes pastas, cómelas. Siempre te estás quejando de que nunca vas a ningún sitio. Creí que disfrutarías con tu noche en la ciudad.

Ignatius volvió al radar, así que la señora Reilly hurgó en sus cajas y se comió una pasta.

—¿Quiere una? —preguntó al camarero—. Son estupendas. Tengo también unas pastas de vino excelentes.

El camarero fingió estar buscando algo en las estanterías.

—Huelo a pastas de vino —exclamó Darlene, mirando por encima de Ignatius.

—Toma una, querida —dijo la señora Reilly.

—Creo que yo también tomaré una —dijo Ignatius—. Deben estar muy buenas con coñac.

La señora Reilly abrió la caja y la colocó en la barra. Hasta el tipo del boleto de las carreras aceptó tomar un almendrado.

—¿Dónde compró usted estas pastas de vino tan buenas, señora? —preguntó Darlene a la señora Reilly—. Son estupendas, muy sabrosas.

—En Holmes, querida. Tienen un surtido magnífico. Muy variado.

—Están bastante buenas —concedió Ignatius, que envió su fofa lengua rosada a explorar por el bigote a la caza de migas—. Creo que tomaré uno o dos almendrados. El coco siempre me ha parecido excelente como fibra.

Rebuscó por la caja muy afanoso.

—A mí, la verdad, siempre me gusta una buena pasta después de comer —explicó la señora Reilly al camarero, que le volvió la espalda.

—Estoy segura de que es usted una cocinera estupenda, ¿a que sí? —dijo Darlene.

—Mamá no cocina —dijo dogmáticamente Ignatius—. Quema.

—Yo también cocinaba cuando estuve casada —les explicó Darlene—. Pero utilizaba mucha cosa enlatada. Me gusta ese arroz a la española que hacen y los spaghetti con salsa de tomate.

—La comida enlatada es una perversión —dijo Ignatius—. Sospecho que es en el fondo muy dañina para el alma.

—Ay, Señor, ya empieza otra vez este codo —suspiró la señora Reilly.

—Por favor. Estoy hablando —le dijo su hijo—. Yo nunca como alimentos enlatados. Lo hice una vez, y me di cuenta de que mis intestinos empezaban a atrofiarse.

—Has tenido una buena educación —dijo Darlene.

—Ignatius estudió en la universidad. Luego se quedó allí cuatro años más para sacar el título. Se licenció entre los más listos.

—«Se licenció entre los más listos» —repitió Ignatius con cierta acritud—. Habla con propiedad, por favor. ¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—No le hables así a tu mamá —dijo Darlene.

—Oh, me trata mal a veces, sí —dijo la señora Reilly, alzando la voz, y empezó a llorar—. Ay, no sabes, querida, si supieras. Cuando pienso en todo lo que he hecho por este chico...

—¿Pero qué dices, mamá?

—No me agradeces todo lo que he hecho por ti.

—Basta ya. Me parece que has bebido demasiada cerveza.

—Me tratas como si fuera el cubo de la basura. Y soy buena —gimió la señora Reilly; luego, se volvió a Darlene—: Gasté todo el dinero del seguro de su pobre abuelo Reilly para que pudiera estar ocho años en la universidad; y desde entonces, lo único que ha hecho ha sido dar vueltas por la casa y ver la televisión.

—Debería darte vergüenza —dijo Darlene a Ignatius—. Un hombre como tú. Mira tu pobre mamá.

La señora Reilly se había desplomado, sollozando, sobre la barra, sujetando con una mano el vaso de cerveza.

—Esto es ridículo. Ya está bien, mamá.

—Si hubiera sabido que era usted tan cruel, señor, no habría escuchado esa enloquecida historia del autobús.

—Levántate, madre.

—La verdad es que tiene usted mucha pinta de loco —dijo Darlene—. Debería haberme dado cuenta. Hay que ver cómo llora esa pobre mujer.

Darlene intentó arrancar a Ignatius de su taburete, pero le hizo chocar con su madre, que, de pronto, dejó de llorar y balbució:

—¡Mi codo!

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una mujer desde la puerta de entrada, una puerta tapizada de piel de imitación color Chartreuse. Era una mujer escultural, que rondaba ya la mediana edad, el cuerpo perfecto cubierto de un abrigo de cuero negro reluciente de lluvia.

—Salgo de aquí un par de horas a comprar y mira lo que pasa. Al parecer tengo que estar siempre aquí, vigilando, porque si no me arruináis la inversión.

—Son sólo dos borrachines —dijo el camarero—. Llevo poniéndoles mala cara desde que entraron, pero se han pegado a la barra como lapas.

—Pero tú, Darlene —dijo la mujer—, parece que eres muy amiga suya, ¿no? ¿Cómo puedes ponerte a tontorronear en los taburetes con esos dos personajes?

—Este tipo ha estado maltratando a su mamá —explicó Darlene.

—¿Madres? Así que ahora resulta que entran aquí mamás... este establecimiento ya apesta.

—¿Cómo dice usted? —dijo Ignatius.

La mujer le ignoró; miró la caja de pastas, vacía y rota, sobre la barra y dijo:

—Parece que han estado aquí de excursión. Pues sí que estamos arreglados. Ya os expliqué lo de las hormigas y las ratas, cojones.

—Por favor —dijo Ignatius—. Está presente mi mamá.

—Y encima me dejan estas poquerías por aquí tiradas justo en el momento en que ando buscando un mozo —la mujer miró al camarero—. Échame fuera a estos dos.

—Sí, señorita Lee.

—No se preocupe —dijo la señora Reilly—. Nos vamos.

—Desde luego —añadió Ignatius, lanzándose hacia la puerta y dejando detrás a su madre aún encaramada en el taburete—. Deprisa madre, vámonos. Esta mujer parece un comandante nazi. Es capaz de pegarnos.

—¡Un momento! —aulló la señorita Lee, agarrando a Ignatius por la manga—. ¿Cuánto deben estos tipos?

—Ocho dólares —dijo el camarero.

—¡Es un robo a mano armada! —atronó Ignatius—. Tendrá usted noticias de nuestros abogados.

La señora Reilly pagó con dos de los billetes que le había dado el joven y, cuando pasó tambaleante junto a la señorita Lee, dijo:

—Sabemos cuando no nos quieren. Iremos a dar beneficios a otra parte.

—Vaya —contestó la señorita Lee—. Qué barbaridad. Los clientes como vosotros son como el beso de la muerte.

En cuanto la puerta tapizada de piel de imitación se cerró tras los Reilly, la señorita Lee dijo:

—Nunca me gustaron las madres, ni siquiera la mía.

—Mi madre era puta —dijo el hombre del boleto de las carreras, sin alzar la vista del impreso.

—Las madres no cuentan más que mentiras —comentó la señorita Lee, y se quitó el abrigo—. Ahora, tú y yo vamos a tener una pequeña charla, Darlene.

En la calle, la señora Reilly se apoyó en el brazo de su hijo, pero, pese a sus muchos esfuerzos, avanzaban muy despacio; parecía resultarles más fácil desplazarse de lado. Su forma de caminar había adquirido una pauta

fija: tres pasos rápidos hacia la izquierda, pausa, tres pasos rápidos hacia la derecha, pausa.

—Qué mujer tan terrible —dijo la señora Reilly.

—Una negación de todas las cualidades humanas —añadió Ignatius—. Por cierto, ¿está muy lejos el coche? Yo estoy cansadísimo.

—Está en St. Ann, querido. Sólo a unas manzanas.

—Te dejaste el sombrero en el bar.

—Oh, no, qué va. Lo que pasa es que se lo vendí a aquel joven.

—¿Lo vendiste? ¿Por qué? ¿Me preguntaste si quería que se vendiese? Yo estoy muy encariñado con ese sombrero.

—Lo siento, Ignatius. No sabía que te gustara tanto. Nunca me lo dijiste.

—Tenía con él una relación muda. Era como un nexo con mi niñez, un lazo con el pasado.

—Pero me dio quince dólares, Ignatius.

—Por favor. No hablemos más del asunto. Todo eso es sacrílego. Sabe Dios qué usos degenerados le dará a ese sombrero. ¿Tienes los quince dólares encima?

—Aún me quedan siete.

—¿Entonces por qué no paramos y comemos algo? —Ignatius señaló al carrito de la esquina. Tenía forma de salchicha con ruedas—. Creo que venden salchichas de treinta centímetros de largo.

—¿Salchichas? Querido, ¿con esta lluvia y este frío vamos a pararnos en la calle a comer salchichas?

—Podríamos...

—No —dijo la señora Reilly con cierto coraje cervecesco—. Vámonos a casa. No sería capaz de comer nada que saliera de uno de esos carros asquerosos. Además, todos los vendedores que andan con esos carros son una pandilla de golfos y de borrachos.

—Si insistes —dijo Ignatius, enfurruñado—. Pero yo tengo mucha hambre, y, después de todo, acabas de vender un recuerdo de mi infancia por treinta monedas de plata, como si dijéramos.

Siguieron con su paso peculiar por las húmedas baldosas de la Calle Bourbon. En St. Ann encontraron enseguida el viejo Plymouth. Su techo

alto destacaba por encima de los demás coches, era su rasgo más característico. El Plymouth siempre era fácil de localizar en los aparcamientos del supermercado. La señora Reilly subió dos veces a la acera intentando sacar el coche del aparcamiento y dejó la impresión de un parachoques Plymouth 1946 en el capó del Volkswagen que estaba aparcado detrás.

—¡Oh, mis nervios! —dijo Ignatius.

Estaba espatarrado en el asiento, de modo que por la ventanilla sólo se veía la cúspide de su gorra verde de cazador, que parecía la punta de una prometedor sandia. Desde atrás, que era donde él se sentaba siempre, pues había leído en algún sitio que el asiento contiguo al del conductor era el más peligroso, Ignatius observaba con desaprobación las torpes y disparatadas maniobras de su madre.

—Sospecho que has demolido prácticamente el cochecito que alguien aparcó inocentemente detrás de este autobús. Sería aconsejable que salieses de aquí antes de que vuelva su propietario.

—Cállate, Ignatius. Me pones nerviosa —dijo la señora Reilly, mirando la gorra de caza por el espejo retrovisor. Ignatius se incorporó en el asiento y observó por la ventanilla trasera.

—Lo has dejado hecho cisco. Te van a quitar el permiso de conducir, si es que lo tienes. Y no se lo reprocharé, además.

—Échate y duerme un poco —dijo su madre, mientras el coche daba otro salto hacia atrás.

—¿Pero tú crees que podría dormir en esta situación? Temo por mi vida. ¿Estás segura de que giras el volante hacia el lado que debes?

De pronto, el coche salió con otro brinco del aparcamiento y fue patinando por la calle húmeda hasta una columna que sustentaba un balcón de hierro forjado. La columna cayó hacia un lado y el Plymouth chocó contra el edificio.

—¡Oh Dios mío! —chilló Ignatius desde el asiento de atrás—. ¿Qué es lo que has hecho ahora?

—¡Llama a un sacerdote!

—No creo que estemos heridos, madre. Sin embargo, me has destrozado el estómago para unos cuantos días.

Ignatius bajó el cristal de una de las ventanillas traseras y examinó el parachoques que estaba aplastado contra la pared.

—Creo que de este lado necesitaremos un faro nuevo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Si yo estuviera al volante, daría marcha atrás y me alejaría grácilmente del lugar. Desde luego, alguien va a denunciar esto. Los propietarios de esta ruina de edificio deben llevar años esperando una ocasión como ésta. Es muy probable que echen aceite en la calle al oscurecer para que conductores como tú se estrellen contra su cuchitril — Soltó un eructo y añadió—: Ya se me ha estropeado la digestión. ¡Creo que estoy empezando a hincharme!

La señora Reilly maniobró y fue dando marcha atrás muy despacio. Al moverse el coche, sonó sobre sus cabezas un crujir de madera, crujir que se convirtió en restallar de tablas y chirriar de metal. Luego, el balcón empezó a caer en grandes fragmentos atronando sobre el coche con un estruendo sordo y pesado como el de una granada. Como un ser humano petrificado, el coche dejó de moverse y uno de los adornos de hierro forjado destrozó una ventanilla trasera.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó angustiada la señora Reilly tras lo que pareció el bombardeo final.

Ignatius emitió un gorgoteo. Los ojos azules y amarillos tenían un brillo acuoso.

—Di algo, Ignatius —suplicó su madre, volviéndose justo para ver a Ignatius sacar la cabeza por una ventanilla y vomitar por el lateral del abollado coche.

El patrullero Mancuso bajaba despacio por la Calle Chartres ataviado con medias de malla y un jersey amarillo, atuendo que el sargento le había dicho que le permitiría detener sospechosos auténticos y de fiar, en vez de abuelos y chicos que esperaban a sus mamás. Aquel atuendo era el castigo del sargento. Le había dicho a Mancuso que a partir de entonces tendría por única misión la de detener a tipos sospechosos, que la comisaría central de policía tenía un guardarropa con disfraces que permitiría a Mancuso ser un

personaje distinto cada día. El patrullero Mancuso se había puesto las medias de malla delante del sargento, que le había sacado a empujones de la comisaría y le había dicho que como no se espabilara, le expulsarían del cuerpo.

En las dos horas que llevaba recorriendo el Barrio Francés, no había capturado a nadie. Dos cosas, sin embargo, le habían dado ciertas esperanzas. Había parado a un hombre que llevaba una gorra y le había pedido un cigarrillo, y el hombre le había amenazado con hacerle detener. Luego, abordó a un joven que vestía trinchera y sombrero de señora, y el joven le había dado un bofetón y se había esfumado.

Cuando el patrullero Mancuso bajaba por la Calle Chartres acariciándose la mejilla, dolorida aún del bofetón, oyó lo que le pareció una explosión. Con la esperanza de que algún sospechoso acabara de tirar una bomba o de pegarse un tiro, dobló corriendo la esquina y entró en St. Ann y vio la gorra verde de cazador vomitando entre los escombros.

## DOS

«Al desmoronarse el sistema medieval, se impusieron los dioses del Caos, la Demencia y el Mal Gusto», escribía Ignatius en una hoja de sus cuadernos Gran Jefe.

Tras el periodo en el que el mundo occidental había gozado de orden, tranquilidad, unidad y unicidad con su Dios Verdadero y su Trinidad, aparecieron vientos de cambio que presagiaban malos tiempos. Un mal viento no trae nada bueno. Los años luminosos de Abelardo, Thomas Beckett y Everyman se convirtieron en escoria; la rueda de la Fortuna había atropellado a la Humanidad, aplastándole la clavícula, destrozándole el cráneo, retorciéndole el torso, taladrándole la pelvis, afligiendo su alma. Y la Humanidad, que tan alto había llegado, cayó muy bajo. Lo que antes se había consagrado al alma, se consagraba ahora al comercio.

—Esto es magnífico —se dijo Ignatius, y prosiguió escribiendo apresuradamente.

Mercaderes y charlatanes se hicieron con el control de Europa, llamando a su insidioso evangelio «La Ilustración». El día de la plaga estaba próximo; pero de las cenizas de la humanidad no surgió ningún fénix. El campesino humilde y piadoso, Pedro Labrador, se fue a la ciudad a vender a sus hijos a los señores del Nuevo Sistema para empresas que podemos calificar, en el mejor de los casos, de dudosas. (Ver Reilly, Ignatius, J. Sangre en sus manos: El gran crimen, un estudio de ciertos abusos que se cometieron en la Europa del siglo XVI, monografía, dos páginas, 1950, sección de libros raros, pasillo izquierdo, tercer piso,

Biblioteca en Memoria de Howard Tilton, Universidad de Tulane, Nueva Orleans 18, Louisiana). (Nota: Envié esta monografía singular a la Biblioteca como un regalo. Sin embargo, no estoy totalmente seguro de que la hayan aceptado. Muy bien pudieron tirarla a la papelera, porque estaba escrita a lápiz en una hoja de cuaderno). El giroscopio se había ampliado. La Gran Cadena del Sur se había roto como si fuera una serie de clips unidos por algún pobre imbécil; el nuevo destino de Pedro Labrador sería muerte, destrucción, anarquía, progreso, ambición y auto-superación. Iba a ser un destino malévolos: ahora se enfrentaba a la perversión de tener que IR A TRABAJAR.

Ignatius, desvanecida momentáneamente su visión de la historia garrapateó un nudo corredizo abajo de la página. Dibujó luego un revólver y una cajita sobre la que escribió pulcramente CÁMARA DE GAS. Raspó de lado con el lapicero sobre el papel y tituló el resultado APOCALIPSIS. Cuando terminó de decorar la página, tiró el cuaderno al suelo entre muchos otros que había por allí esparcidos. Había sido una mañana muy productiva, pensó. Hacía semanas que no conseguía escribir tanto. Contemplando las docenas de cuadernos Gran Jefe que formaban como una alfombra de cabezales indios alrededor de la cama, Ignatius pensó presuntuosamente que en sus páginas amarillentas y en su amplio rayado se encontraban las semillas de un majestuoso estudio de historia comparada. Muy desordenado, por supuesto. Pero un día iniciaría la tarea de ordenar aquellos fragmentos de su ideología en el rompecabezas de un esquema grandioso; el rompecabezas terminado mostraría a la gente ilustrada el desastroso curso que había seguido la historia en los últimos cuatro siglos. Había producido una media de seis párrafos al mes, en los cinco años que había dedicado a aquel trabajo. Ni siquiera podía recordar lo escrito en algunos de los cuadernos, y tenía clara conciencia de que algunos estaban prácticamente llenos de garabatos. Mas, pensó plácidamente, no se construyó Roma en un día.

Ignatius alzó su camión de franela y contempló su vientre hinchado. Solía hincharse cuando estaba tumbado en la cama por la mañana, considerando el giro desdichado que habían tomado los acontecimientos

desde la Reforma. Doris Day y los autobuses Grey-hound, siempre que acudían a su pensamiento, creaban una expansión aún más rápida de su región central. Pero desde la tentativa de detención y el accidente, había estado hinchándose casi sin motivo, la válvula pilórica se le cerraba de pronto indiscriminadamente y se le llenaba el estómago de gas atrapado, un gas que tenía personalidad y entidad y que no soportaba el confinamiento. Ignatius se preguntó si la válvula pilórica no estaría intentando decirle algo, casandrescamente. Él, como medievalista, creía en la *Rota Fortunae*, o rueda de la Fortuna, un concepto básico de *De Consolatione Philosophiae*, la obra filosófica que había sentado las bases del pensamiento medieval. Boecio, el último romano, que había escrito la *Consolatione* mientras padecía una prisión injusta por orden del emperador, había dicho que una diosa ciega nos hace girar en una rueda, que nuestra suerte se presenta en ciclos. ¿Significaba acaso un mal ciclo aquella ridícula tentativa de detenerle? ¿Giraba acaso rápidamente hacia abajo su rueda? El accidente también era un mal signo. Ignatius estaba preocupado. Pese a toda su filosofía, Boecio había sido torturado y ejecutado. Y, de repente, la válvula de Ignatius volvió a cerrarse, e Ignatius se echó sobre el costado izquierdo para presionarla y abrirla.

—Oh, Fortuna, oh, deidad ciega y desatenta, atado estoy a tu rueda — Ignatius eructó—: No me aplastes bajo tus radios. Elévame e impúlsame hacia arriba, oh diosa.

—¿Qué andas murmurando ahí dentro, chico? —preguntó su madre al otro lado de la puerta cerrada.

—Rezo, madre, rezo —contestó, furioso, Ignatius.

—El patrullero Mancuso viene hoy a vernos por lo del accidente. Será mejor que reces una plegaria por mí, cariño.

—Oh, Dios mío —murmuró Ignatius.

—Creo que es maravilloso que reces, niño. No sabía qué podías hacer tanto tiempo ahí encerrado.

—¡Lárgate, por favor! —gritó Ignatius—. Me estás estropeando el éxtasis religioso.

Saltando vigorosamente de costado, Ignatius percibió que ascendía por su garganta un eructo, pero cuando abrió esperanzado la boca, sólo emitió

un leve soplido. Aun así, los saltos tuvieron ciertos efectos fisiológicos. Ignatius acarició la modesta erección que apuntaba en las sábanas, la atrapó con la mano y se quedó quieto intentando decidir qué hacer. En esta posición, con el camisón rojo de franela alrededor del pecho y el vientre inmenso hundiéndose en el colchón, pensó con cierta tristeza que, tras dieciocho años con aquella afición, ésta se había convertido en sólo un acto físico mecánico y repetitivo, desprovisto de los vuelos de la imaginación y de la fantasía que había sido capaz de conjurar en otros tiempos. En una ocasión, consiguió convertirlo casi en una forma artística, practicando su afición con la habilidad y el fervor de un artista y un filósofo, un erudito y un caballero. Aún había ocultos por la habitación varios accesorios que utilizara en otros tiempos: un guante de goma, un trozo de tela de un paraguas de seda, un tarro de Noxzema. El guardarlos de nuevo una vez concluido todo, había empezado ya a resultar demasiado deprimente.

Ignatius manipuló y se concentró. Al final, apareció una visión, la imagen familiar de un gran perro pastor escocés al que tenía gran cariño y que había sido suyo cuando estudiaba en el liceo. «¡Buf!» Ignatius casi oyó a Rex ladrar de nuevo. «¡Buf! ¡Buf! ¡Aaggr!» Rex parecía tan vivo. Se le cayó una oreja. Ignatius jadeó. La aparición saltó una valla y cazó un palo que alguien lanzó en medio de la colcha de Ignatius. Cuando la piel blanca y tostada se aproximó más, los ojos desorbitados de Ignatius bizquearon y se cerraron y se desplomó lánguidamente entre sus cuatro almohadas, deseando que hubiera algún pañuelo de papel en la habitación.

## II

—Vine por el trabajo de mozo que han anunciado en el periódico.

—¿Sí? —Lana Lee contempló las gafas de sol—. ¿Tienes referencias?

—Un policía me dio una referencia. Me dijo que sería mejor que me consiguiera enseguida un trabajo remunerado —dijo Jones, y lanzó un chorro de humo hacia la barra vacía.

—Lo siento. No queremos gente que tenga problemas con la policía. No van bien en un negocio como éste. Tengo que proteger mi inversión.

—Yo no tengo antecedentes, en realidad, pero, claro, empezarán a chincharme diciendo que no tengo ningún medio visible de vida. Eso me dijeron —Jones se retiró al interior de una nube en formación—. Pensé que quizá el Noche de Alegría querría ayuda a alguien a convertirse en miembro de la comunidad, ayuda a un pobre chico de color para que no le metan en la cárcel. Yo mantengo alejado el piquete, le puedo dar al Noche de Alegría una buena puntuación en lo de los derechos civiles.

—Basta de tonterías.

—¡Eh! ¡Cómo, jo!

—¿Tienes alguna experiencia como mozo de bar?

—¿Qué? ¿Barré y limpié el polvo y toa esa mierda de negro?

—Cuidado con lo que dices, chico. Esto es un negocio decente.

—Demonio, eso lo hace cualquiera, y más si uno es de color.

—Llevo varias semanas —dijo Lana Lee, con súbita gravedad de director de personal— buscando al hombre idóneo para este trabajo.

Luego metió las manos en los bolsillos del abrigo de cuero y clavó la mirada en las gafas de sol. Aquello era un chollo, sin duda una especie de regalo caído del cielo. Un tipo de color al que detendrían por vagancia si no trabajaba. Tendría un mozo cautivo que trabajaría para ella por casi nada. Qué maravilla. Lana se sintió bien por primera vez desde que se había encontrado aquellos dos personajes ensuciándole el bar.

—Veinte dólares a la semana.

—¡Cómo! No me extraña que no encontrara al hombre idóneo. Pues sí. Oiga, ¿qué pasó con el salario mínimo?

—Tú necesitas un trabajo, ¿no? Yo necesito un mozo. El negocio va mal. ¡Enfócalo así!

—El último que trabajó aquí se debió morir de hambre.

—Trabajarás seis días a la semana de diez a tres. Si las cosas van bien, ¿quién sabe? A lo mejor consigues un aumentillo.

—No se preocupe. Vendré todos los días, haré cualquier cosa por evitar que la poli me eche el guante —dijo Jones, echando más humo a Lana Lee—. ¿Dónde está esa jodia escoba?

—Una cosa que debe quedar clara es que aquí no se dicen tacos ni palabrotas.

—Sí, madame. No se preocupe, que yo no voy a causa mala impresión en un sitio tan fino como el Noche de Alegría. ¡Ca, señó!

Se abrió la puerta y apareció Darlene, ataviada con un vestido de noche de satén y un sombrero de flores, moviendo graciosamente la falda al caminar.

—¿Cómo es que llegas tan tarde? —gritó Lana—. Te dije que estuvieras aquí a la una.

—Es que se me acatarró anoche la cacatúa, Lana. Fue espantoso. Estuvo toda la noche sin dormir tosiéndome en la oreja.

—Es una excusa estúpida.

—Pero si es verdad —contestó Darlene con tono ofendido.

Puso luego en la barra el inmenso sombrero y se encaramó en un taburete, sumergiéndose en una nube que había lanzado Jones.

—Tuve que llevarla al veterinario esta mañana a que le pusiera una inyección de vitaminas. No quiero que el pobre bicho ande tosiendo encima de mis muebles.

—¿Cómo pudo ocurrírsete ayer dar cuerda a aquellos dos personajes? Todos los días, todos, Darlene, intento explicarte el tipo de clientela que queremos aquí. Y, luego, llego y te encuentro comiendo mierda en mi barra con una vieja y un cerote gordo, ¿Es que pretendes arruinar mi negocio? La gente se asoma a la puerta ve una combinación como ésta y se largan a otro

bar. ¿Qué tengo que hacer para que lo *entiendas*, Darlene? ¿Cómo puede tener un ser humano una mentalidad como la tuya?

—Ya te he dicho que me daba mucha pena aquella pobre mujer, Lana. Tenías que haber visto cómo la trataba su hijo. Tendrías que haber oído la historia que él me contó del autobús. Y la buena señora allí sentada todo el tiempo pagándole las bebidas. No tuve más remedio que aceptar una de sus pastas para que no se sintiera tan desgraciada.

—Bueno, la próxima vez que te encuentre dando cuerda a gente así y arruinando mi inversión, te sacaré de aquí a patadas en el trasero, ¿está claro?

—Sí, madame.

—¿Seguro que has entendido lo que te he dicho?

—Sí, madame.

—Está bien. Ahora, enséñale a este muchacho dónde guardamos las escobas y demás, y que barra los cristales de la botella que rompió la señora. Tú te ocupas de que todo esto quede como un espejo, como castigo por lo que hiciste anoche. Yo me voy de compras.

Lana se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y dijo:

—No quiero que ande nadie en la caja que hay debajo de la barra.

—Te juro —dijo Darlene a Jones cuando Lana desapareció por la puerta— que este lugar es peor que el ejército. ¿Te ha contratado hoy?

—Sí —contestó Jones—. No es exactamente que me haya contratado. Fue como si me comprara en una subasta.

—Por lo menos recibirás un salario. Yo trabajo a comisión, hago beber a la gente. ¿Crees que es fácil? Intenta conseguir que un tipo consuma más de una de las horribles bebidas que sirven aquí. Es todo agua. Tienen que gastarse diez, quince dólares para que les haga algún efecto. Es un trabajo duro, te lo aseguro. Lana echa agua hasta en el champán. Tendrías que probarlo. Luego, anda todo el día quejándose de lo mal que va el negocio. Dice que es ruinoso. Si se tomase un trago aquí de vez en cuando, ya sabría lo que es bueno. Sólo con que entren a beber cinco personas, ya gana una fortuna. El agua no cuesta nada.

—¿Qué ha ido a compra? ¿Un látigo?

—No me lo preguntes. Lana nunca me cuenta nada. Es curiosa, esta Lana —Darlene sopló delicadamente por la nariz—. Yo en realidad querría ser danzarina exótica. He estado ensayando un número en mi apartamento. Si lograra que Lana me dejara bailar aquí de noche, podría tener un sueldo fijo y dejar de andar vendiendo agua a comisión. Ahora que lo pienso, tendría que darme algo por lo que aquella gente bebió aquí anoche. La señora bebió mucha cerveza, estoy segura. No entiendo de qué se queja Lana. El negocio es el negocio. Aquel hombre gordo y su mamá no eran mucho peor que la gente que suele entrar aquí. Creo que lo que le fastidió a Lana fue aquella gorra verde tan rara que llevaba encasquetada en la cabeza. Cuando hablaba, bajaba la orejera, y luego la levantaba para oír. Cuando entró Lana, todos estaban gritándole, así que tenía las dos orejeras alzadas como alas. En fin, hacía un poco raro.

—¿Y dices que ese tipo gordo andaba por ahí con su mamá? —preguntó Jones, asociando mentalmente.

—Ujj —Darlene dobló el pañuelo y se lo metió en el escote—. Desde luego, espero que no se les ocurra volver por aquí. Sería un verdadero problema para mí. Jesús —Darlene parecía preocupada—. Oye, será mejor que hagamos algo para arreglar esto antes de que vuelva Lana. Escucha. No te esfuerces demasiado limpiando este basurero. En realidad, desde que estoy aquí nunca lo he visto limpio. Y, además, esto está siempre tan oscuro que nadie puede notar la diferencia. Si haces caso a lo que dice Lana, podrías creer que este agujero es el Ritz.

Jones lanzó otra nube. De todas formas, no podía ver prácticamente nada con aquellas gafas.

### III

El patrullero Mancuso disfrutaba subiendo con aquella moto por la Avenida St. Charles. Había cogido en la comisaría una moto grande y ruidosa, todo cromo y azul celeste, y sólo con tocar un mando podía convertirse en una especie de máquina del millón llena de luces chispeantes, parpadeantes, cegadoras, blancas y rojas. La sirena, una cacofonía de doce gatos monteses enloquecidos, bastaba para que los personajes sospechosos de un kilómetro a la redonda defecasen de pánico y corriesen a esconderse. El patrullero Mancuso sentía un amor platónicamente profundo por aquella moto.

Pero las fuerzas del mal engendradas por la personalidad odiosa (y aparentemente imposible de desenmascarar) de personajes sospechosos le parecían remotas aquella tarde. Los viejos robles de la Avenida St. Charles se arqueaban como un dosel que escudase del suave sol invernal que rociaba y salpicaba el cromo de la motocicleta. Aunque últimamente los días habían sido fríos y húmedos, la tarde tenía esa calidez súbita y sorprendente que hace tan agradables los inviernos de Nueva Orleans. El patrullero Mancuso agradecía aquella suavidad climática, pues vestía sólo camiseta de manga corta y bermudas, que era el atuendo que el sargento había elegido para aquel día. La larga barba roja que llevaba sujeta a las orejas con alambres le abrigaba algo el pecho; había cogido furtivamente la barba de un armario cuando el sargento no miraba.

El patrullero Mancuso inhaló el aroma mohoso de los robles y pensó (un aparte romántico) que la Avenida St. Charles debía ser el lugar más encantador del mundo. De vez en cuando, pasaba a los tranvías que, con su lento cabeceo, parecían avanzar lánguidamente sin destino concreto, siguiendo su ruta entre las antiguas mansiones alineadas a ambos lados de la avenida. Parecía todo tan plácido, tan próspero, tan inocente... Iba a visitar, fuera de servicio, a aquella pobre viuda Reilly. Le había dado tanta

pena cuando la vio llorando en medio del desastre... Lo menos que podía hacer era ayudarla.

En la Calle Constantinopla giró hacia el río, petardeando y bufando por aquel barrio en decadencia, hasta llegar a una manzana de casas construidas en las décadas de 1880 y 1890, reliquias en madera de los períodos Gótico y Dorado que rezumaban tallas y volutas, estereotipos suburbanos de las mansiones Boss Tweed, separadas por callejas tan estrechas que entre casa y casa había poco más de un metro, y cercadas por verjas con pinchos de acero y tapias bajas de ladrillo carcomido. Las casas más grandes se habían convertido en edificios de apartamentos improvisados, y sus porches en habitaciones adicionales. En algunos de los patios delanteros había cocheras de aluminio y en uno o dos de los edificios habían construido luminosas marquesinas, también de aluminio. Era un barrio que había degenerado de lo Victoriano a nada en concreto, que se había adentrado en el siglo veinte con despreocupación e indiferencia y muy limitado de fondos.

La dirección que buscaba el patrullero Mancuso era el edificio más pequeño del conjunto, cocheras aparte, un Liliput de la década de 1880. Un platanero helado, marrón y marchito, languidecía apoyado contra el porche como si se dispusiese a desmoronarse tal como ya hiciera mucho tiempo atrás la verja de hierro. Cerca del árbol muerto, había un pequeño montículo de tierra y una cruz celta de contrachapado, también ladeada. El Plymouth 1946 estaba aparcado en el patio delantero, el parachoques apretado contra el porche, las luces traseras bloqueando la acera de ladrillo. Pero, salvo por el coche y la gastada cruz y el platanero momificado, el pequeño patio estaba completamente vacío. No había ningún matorral. No había yerbas. No cantaban pájaros.

El patrullero Mancuso contempló el Plymouth y vio la profunda fisura del techo y del guardabarros, lleno de círculos cóncavos, que tenía una anchura de varios centímetros. En el trozo de cartón que había colocado tapando el agujero de lo que había sido la ventanilla trasera había la siguiente inscripción: JUDIAS ESTOFADAS VAN CAMP'S. Al parar junto a la tumba, leyó lo que decía la borrosa inscripción de la cruz: REX. Luego subió los gastados escalones de ladrillo y oyó, tras los postigos cerrados, un canto atronador:

Las chicas grandes no lloran.  
Las chicas grandes no lloran.  
Las chicas grandes no lloran, no.  
No lloran.  
Las chicas grandes no lloran... no.

Mientras esperaba que alguien contestara a su llamada, leyó la borrosa pegatina del cristal de la puerta: «Un fallo del labio puede hundir un barco.» Debajo, la fotografía de un miembro del cuerpo auxiliar femenino de la marina, con un dedo que había adquirido un tono tostado en los labios.

En la misma manzana, más allá, la gente que había en los porches le miraba y miraba la moto. Las persianas del otro lado de la calle que subían y bajaban lentamente para lograr el enfoque adecuado, indicaban que tenía también un considerable público invisible, ya que una moto de la policía allí era un acontecimiento, en especial con un motorista de pantalones cortos y barba roja. La gente de aquella calle era pobre, desde luego, pero honrada. Sintiendo de pronto cohibido, el patrullero Mancuso tocó otra vez el timbre y asumió lo que consideraba su posición erguida oficial. Ofreció a su público el perfil mediterráneo, pero el público sólo veía a un individuo pequeño y cetrino al que le colgaban los pantalones cortos grotescamente en la entrepierna, y cuyas piernas flacuchas parecían demasiado desnudas con aquellas ligas tan serias y aquellos calcetines de nylon que le colgaban cerca de los tobillos. El público se mostraba curioso, pero nada impresionado; algunos ni siquiera mostraban curiosidad, los pocos que suponían que semejante visión acabaría llegando un día u otro a aquella miniatura de casa.

Las chicas grandes no lloran.  
Las chicas grandes no lloran.

El patrullero Mancuso llamó, ferozmente, a las persianas.

Las chicas grandes no lloran.  
Las chicas grandes no lloran.

—Están en casa —chilló una mujer, por las persianas de la casa contigua, una visión de arquitecto de un Jay Gould doméstico—. La señora Reilly debe estar en la cocina. Vaya usted por atrás. ¿Usted qué es, señor? ¿Un policía?

—El patrullero Mancuso. De incógnito —contestó él con firmeza.

—¿Sí? —hubo un momento de silencio—. ¿Con quién quiere usted hablar, con el chico o con la madre?

—Con la madre.

—Bueno, menos mal. Con él no podría hablar. Está viendo la tele. ¿Ha oído usted eso? A mí me vuelve loca. Me destroza los nervios.

El patrullero Mancuso dio las gracias a la voz de mujer y entró en la húmeda calleja. En el patio trasero encontró a la señora Reilly colgando una sábana sucia y amarillenta en un tendal sujeto en las deshojadas higueras.

—Vaya, es usted —dijo la señora Reilly, tras un instante. Había estado a punto de empezar a gritar al ver aparecer en su patio a aquel individuo de la barba roja—. ¿Cómo le va, señor Mancuso? ¿Qué dijo aquella gente? —y empezó a caminar pisando cautamente sobre los ladrillos rotos del pavimento, con sus mocasines marrones de fieltro—. Entre, que le prepararé una buena taza de café.

La cocina era una estancia grande, de techo alto, la más grande de la casa, y olía a café y a periódicos viejos. Era oscura, como todas las habitaciones de la casa; el pringoso empapelado y las molduras de madera oscura habrían transformado cualquier luz en penumbra, aunque, en realidad, se filtraba poca luz de la calleja. Pese a que al patrullero Mancuso no le interesaban los interiores de las casas, advirtió de todos modos, como lo habría advertido cualquiera, la presencia de la antigua cocina de gas con el horno alto y la nevera con el motor cilíndrico encima. Pensando en las sartenes eléctricas, las secadoras de gas, las batidoras y mezcladoras mecánicas, las fuentes de baffles, y los asadores motorizados que parecían estar siempre girando, rallando, batiendo, enfriando, zumbando e hirviendo en la argéntea cocina de su esposa Rita, el patrullero Mancuso se preguntó qué haría la señora Reilly en aquella cocina casi vacía. En cuanto anunciaban en la tele un aparato nuevo, la señora Mancuso lo compraba, por muy arcanos que fueran sus usos.

—Ahora dígame qué dijo aquel hombre —la señora Reilly puso a hervir una cacerola de leche en su cocina eduardiana de gas—. ¿Cuánto tengo que pagar? Le diría usted que soy una pobre viuda que tiene un hijo que mantener, ¿verdad?

—Sí, ya se lo dije —contestó el patrullero Mancuso, sentándose muy tieso en la silla y mirando esperanzadamente la mesa cubierta con un hule—. ¿Le importa que deje la barba en la mesa? Es que hace mucho calor aquí y me pica la cara.

—Claro, adelante, muchacho, quítesela. Tome. Un sabroso buñuelo de mermelada. Los he comprado esta mañana, recién hechos, en la Calle Magazine. Ignatius me dijo esta mañana: «Mamá, qué ganas tengo de comerme un buñuelo de mermelada». Ya sabe... así que fui al Germán y le compré dos docenas. Mire, quedan algunos.

Y ofreció al patrullero Mancuso una caja de pastas rota y grasienta que parecía haber sido sometida a un destroce insólito por alguien que intentara sacar todos los buñuelos a la vez. Al fondo de la caja, el patrullero Mancuso encontró dos mustios fragmentos de buñuelo, de los que, a juzgar por los bordes humedecidos, alguien había sorbido la mermelada.

—Se lo agradezco, señora Reilly. He comido mucho.

—Vaya, qué lástima.

La señora Reilly llenó hasta la mitad dos tazas de un café frío y espeso y añadió leche hirviendo llenando las tazas hasta el borde.

—A Ignatius le encantan los buñuelos. Me dice «Mamá, me encantan los buñuelos» —la señora Reilly sorbió un poco en el borde de la taza. Y añadió—: Está ahí en la sala viendo la tele. Todas las tardes, no falla, ve ese programa en que bailan los niños.

La música se oía algo menos en la cocina. El patrullero Mancuso se imaginó la gorra verde de cazador bañada por el brillo blanquiazul de la pantalla de televisión.

—No le gusta nada el programa, pero no se lo pierde nunca. Tendría que oír usted lo que dice de esos pobres chicos.

—Hablé esta mañana con ese hombre —dijo el patrullero Mancuso, esperando que la señora Reilly hubiera agotado el tema de su hijo.

—¿Sí? —echó tres cucharadas de azúcar en su café y, sujetando la cuchara en la taza con el pulgar de modo que el mango amenazaba con atravesarle el ojo, sorbió un poco más—. ¿Qué dijo, querido?

—Le expliqué que había investigado el accidente y que usted patinó en la calle, que estaba mojada.

—Eso suena bien. ¿Y qué dijo él?

—Dijo que no quería recurrir al juzgado. Que prefería llegar a un acuerdo.

—¡Oh, Dios santo! —aulló Ignatius desde la parte delantera de la casa—. ¡Qué ofensa atroz al buen gusto!

—No le haga caso —aconsejó la señora Reilly al sorprendido policía—. Cuando ve la televisión, siempre hace lo mismo. Un «acuerdo». Eso significa que quiere dinero, ¿no?

—Se ha buscado incluso a un contratista para valorar los daños. Mire, éste es el presupuesto.

La señora Reilly cogió el papel y leyó la columna mecanografiada de cifras detalladas que había bajo el membrete del contratista:

—¡Señor! ¡Mil veinte dólares! Es terrible. ¿Cómo voy a pagar yo eso? —dejó caer el presupuesto sobre el hule—. ¿Está usted seguro de que es correcto?

—Sí, señora. Pidió también consejo a un abogado. Es todo absolutamente legal.

—¿Pero de dónde voy a sacar yo mil dólares? Lo único que Ignatius y yo tenemos es lo de la seguridad social de mi pobre esposo y una pensioncita pequeñísima; y eso no da para nada.

—¿Cómo puedo creer en esta absoluta perversión que estoy contemplando? —siguió Ignatius desde el salón. La música tenía un ritmo frenético y tribal. Un coro de falsettos cantó insinuante una letra que hablaba de una velada de amor de toda una noche.

—Lo siento —dijo el patrullero Mancuso, con el corazón casi destrozado, ante el dilema financiero de la señora Reilly.

—Bueno, no tiene usted la culpa, querido —dijo ella lúgubrementemente—. Quizá pueda conseguir una hipoteca sobre esta casa. No hay otra salida, ¿verdad?

—No, señora, no —contestó el patrullero Mancuso, oyendo una especie de estampida cada vez más próxima.

—A los niños de ese programa... habría que gasearlos a todos —dijo Ignatius irrumpiendo en la cocina en camión. Al darse cuenta de que había visita, dijo fríamente—: Oh.

—Ignatius, ya conoces al señor Mancuso. Salúdale.

—Creo que le he visto por ahí, sí —dijo Ignatius y miró por la puerta trasera.

El patrullero Mancuso estaba demasiado sobrecogido por el monstruoso camión de franela como para corresponder al cumplido de Ignatius.

—Ignatius, cariño, aquel hombre quiere mil dólares por lo que le hice en su casa.

—¿Mil dólares? No recibirá ni un céntimo. Le demandaremos inmediatamente. Ponte al habla con nuestros abogados, madre.

—¿Nuestros abogados? Ha pedido un presupuesto a un contratista. El señor Mancuso dice que no hay nada que hacer.

—Bueno. Entonces tendremos que pagarle.

—Podría llevar el asunto a los tribunales si crees que es mejor.

—Conducir en estado de embriaguez —dijo plácidamente Ignatius—. No tienes nada que hacer.

La señora Reilly parecía deprimida.

—Pero Ignatius, son mil dólares ¿te das cuenta?

—Estoy seguro de que puedes conseguir algo de dinero —le dijo—. ¿Hay más café, o le has dado el que quedaba a esta máscara de carnaval?

—Podemos hipotecar la casa.

—¿Hipotecar la casa? Por supuesto que no, ni hablar.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer, Ignatius?

—Hay medios —dijo Ignatius, con aire ausente—. No quiero que me molestes con ese asunto. Ese programa exacerba siempre mi angustia —olisquéo la leche antes de echarla en la cacerola—. Creo que deberías telefonar de inmediato a esa lechería. Esta leche es viejísima.

—Puedo conseguir mil dólares —dijo quedamente la señora Reilly al silencioso patrullero—. La casa es una buena garantía. El año pasado un agente de la propiedad inmobiliaria me ofreció siete mil.

—Lo irónico de ese programa —decía Ignatius junto a la cocina, ojo avizor para poder retirar la cacerola en cuanto la leche empezara a hervir— es que teóricamente pretende ser un ejemplo para la juventud de nuestra nación. ¡Me gustaría muchísimo saber lo que dirían los Padres Fundadores si pudieran ver cómo corrompen a esos niños en pro de la causa de Clearasil! Sin embargo, siempre he sospechado que la democracia llevaría a esto.

Por fin, se sirvió cuidadosamente la leche en su tazón Shirley Temple, mientras añadía:

—Habría que imponer un régimen de fuerza en este país para impedir que se destruya a sí mismo. Los Estados Unidos necesitan teología y geometría, necesitan buen gusto y decencia. Sospecho que estamos tambaleándonos al borde del abismo.

—Tendré que pasarme mañana a por el crédito hipotecario, Ignatius.

—No trataremos con esos usureros, madre —Ignatius andaba rebuscando en un tarro de pastas—. Ya saldrá algo.

—Ignatius, cariño, pueden meterme en la cárcel.

—Oh, vamos. Si vas a montar una de tus escenas histéricas tendré que volver a la sala. En realidad, creo que es lo que voy a hacer.

Y se encaminó de nuevo en dirección a la música, las chancletas resonando sonoras en las plantas de sus pies inmensos.

—¿Qué voy a hacer con un chico como éste? —preguntó con tristeza la señora Reilly al patrullero Mancuso—. No se preocupa por su pobre madre querida. A veces, pienso que a Ignatius no le importaría que me metieran en la cárcel. Este chico tiene un corazón de hielo.

—Le ha mimado usted —dijo el patrullero Mancuso—. Una mujer ha de procurar no mimar demasiado a sus hijos.

—¿Cuántos hijos tiene usted, señor Mancuso?

—Tres. Rosalie, Antoinette y Angelo junior.

—Vaya, qué maravilla. Estoy segura de que son encantadores. No como Ignatius —la señora Reilly movió la cabeza—. Ignatius era un niño tan lindo. No sé lo que le hizo cambiar. Me acuerdo cuando me decía: «Mami, te quiero mucho». Ya no lo dice nunca.

—Vamos, no llore —dijo el patrullero Mancuso, profundamente conmovido—. Le prepararé un poco más de café.

—A él le da igual que me encierren —gimoteó la señora Reilly; luego, abrió el horno y sacó una botella de moscatel—. ¿Quiere un poco de vino dulce, señor Mancuso?

—No, gracias. Estando en el cuerpo, tengo que dar buena impresión. Además, tengo que estar siempre vigilando a la gente.

—¿No le importa? —preguntó retóricamente la señora Reilly y se bebió un buen trago de la botella.

El patrullero Mancuso puso la leche a hervir, manejando la cocina como un buen amito de su casa.

—Es que a veces, me pongo tan triste —dijo la señora Reilly—. La vida no es fácil. Además he trabajado muy duro. Ya estoy harta.

—Tiene que ver usted el lado bueno de las cosas —dijo el patrullero Mancuso.

—Supongo que sí —dijo la señora Reilly—. Supongo que hay personas que aún lo pasan peor que yo. Como mi pobre prima, una mujer maravillosa. Fue a misa todos los días de su vida. Y la atropelló un tranvía en la Calle Magazine una mañana temprano que iba precisamente a misa. Estaba aún oscuro.

—Yo, personalmente, nunca me dejo dominar por la melancolía —mintió el patrullero Mancuso—. Hay que mirar hacia arriba, ¿comprende lo que quiero decir? Y eso que tengo un trabajo peligroso.

—Claro, podrían matarle.

—A veces, no detengo a nadie en todo el día. A veces, me equivoco de persona.

—Como con aquel viejo de delante de D. H. Holmes. Aquello fue culpa mía, señor Mancuso. Debería haber supuesto que Ignatius tenía la culpa. Es muy propio de él. Siempre le estoy diciendo «Ignatius, toma, ponte esta camisa, mira qué bonita. Ponte este jersey tan lindo que te compré». Pero no me hace caso. Este chico es así. Tiene la cabeza dura como una roca.

—Luego, a veces tengo problemas en casa. Con tres críos, y mi mujer además que es muy nerviosa...

—Los nervios son una cosa terrible. La pobre señorita Annie, la vecina de al lado, es muy nerviosa. Siempre anda gritando porque Ignatius hace ruido.

—Mi mujer es así. A veces, tengo que marcharme de casa. Si yo fuera de otra manera, creo que a veces me pondría a beber y me emborracharía. Dicho sea entre nosotros.

—Yo tengo que beber un poquito. Me alivia la presión. ¿Comprende?

—Yo lo que hago es irme a jugar a los bolos.

La señora Reilly intentó imaginarse al pequeño patrullero Mancuso con una gran bola en la mano y dijo:

—¿Le gusta eso?

—Oh, los bolos son maravillosos, señora Reilly. Te hacen olvidar todo lo demás.

—¡Oh, cielo santo! —gritó una voz desde la sala—. Esas chicas ya son prostitutas, no hay duda. ¿Cómo pueden ofrecer semejantes horrores al público?

—Ojalá tuviera yo una afición como ésa.

—Tendría usted que probar a ir a jugar a los bolos.

—Ay, Dios mío. Ya tengo arturitis en el codo. Soy demasiado vieja para andar con esas bolas. Me destrozaría la espalda.

—Una tía mía que tiene sesenta y cinco años, y que ya es abuela, va siempre a jugar. Es de un equipo y todo.

—Algunas mujeres son así. Yo, la verdad, nunca me he interesado mucho por los deportes.

—Jugar a los bolos es más que un deporte —dijo a la defensiva el patrullero Mancuso—. Además, en la bolera se conoce a mucha gente. Gente agradable. Podría hacer usted amistades.

—Sí, pero estoy segura de que tendría la mala suerte de que se me cayera una de esas bolas en un pie. Y tengo ya los pies bastante fastidiados.

—La próxima vez que vaya a la bolera, ya le avisaré. Llevaré a mi tía. Iremos usted, mi tía y yo a la bolera. ¿De acuerdo?

—¿De cuándo es este café, madre? —preguntó Ignatius entrando de nuevo en la cocina con sus escandalosas chancletas.

—De hace una hora o así. ¿Por qué?

—Porque tiene un sabor nauseabundo.

—A mí me pareció que estaba muy bueno —dijo el patrullero Mancuso—. Tan bueno como el que sirven en el French Market. Estoy haciendo más, ¿quiere una taza?

—Perdone —dijo Ignatius—. ¿Vas a pasarte toda la tarde entreteniendo a este caballero, madre? He de recordarte que voy a ir esta noche al cine y que tengo que estar listo para llegar a las siete, porque quiero ver los dibujos animados. Creo que deberías empezar a preparar algo de comer.

—Será mejor que me vaya —dijo el patrullero Mancuso.

—Debería darte vergüenza, Ignatius —dijo la señora Reilly con voz colérica—. El señor Mancuso y yo estamos tomando un café. Te has portado pésimamente toda la tarde. No te importa de dónde saque ese dinero. Te da igual que me metan en la cárcel. Todo te da igual.

—¿Voy a verme atacado en mi propio hogar ante un extraño de barba postiza?

—Qué disgustos me das.

—Oh, vamos —Ignatius se volvió al patrullero Mancuso—. ¿Tiene usted la bondad de largarse? Está poniendo nerviosa a mi madre.

—Lo único que el señor Mancuso hace, es ser amable.

—Será mejor que me vaya —dijo exculpatoriamente el patrullero Mancuso.

—Conseguiré ese dinero —chilló la señora Reilly—. Venderé esta casa. La venderé digas lo que digas. Y me iré a un asilo.

Cogió una esquina del hule y se enjugó los ojos.

—Si no se va usted —dijo Ignatius al patrullero Mancuso, que se estaba colocando la barba— llamaré a la policía.

—Él es la policía, imbécil.

—Esto es totalmente absurdo —dijo Ignatius, y se fue chancleteando—. Me voy a mi habitación.

Cerró la puerta de su cuarto de un portazo y cogió del suelo una libreta Gran Jefe. Luego, se echó de nuevo en la cama, entre las almohadas, y empezó a garrapatear en una página amarillenta. Tras casi treinta minutos de tirarse del pelo y morder el lápiz, empezó a componer un párrafo.

Si Rosvita estuviera hoy con nosotros, recurriríamos todos a ella buscando consejo y guía. Desde la austeridad y la tranquilidad de su mundo medieval, la mirada penetrante de esta sibila legendaria, esta monja santa, exorcizaría los horrores que se materializan ante nuestros ojos en eso que llamamos televisión. Si pudiéramos conectar un globo ocular de esta santa mujer con el aparato de televisión, qué fantasmagórica explosión de electrodos se produciría. Las imágenes de esos niños lascivamente giratorios se desintegrarían en infinidad de iones y moléculas, produciéndose con ello la catarsis que la tragedia de la corrupción de los inocentes inevitablemente exige.

La señora Reilly estaba de pie en el pasillo mirando el letrero NO MOLESTAR escrito en una hoja de papel Gran Jefe y fijado a la puerta con una tirita usada, color carne.

—Ignatius, chico, déjame entrar —chilló.

—¿Que te deje entrar? —dijo Ignatius a través de la puerta—. Ni hablar. Estoy ocupado en este momento en un pasaje especialmente sucinto.

—Déjame entrar.

—Ya sabes que nunca te permito entrar aquí.

La señora Reilly aporreó la puerta.

—No sé qué es lo que te pasa, madre, pero sospecho que sufres un trastorno temporal. Ahora que lo pienso, me da demasiado miedo, no puedo abrirte la puerta. Puedes tener un cuchillo en la mano o una botella rota.

—Abre la puerta, Ignatius.

—¡Ay, la válvula, que se me cierra! —croó sonoramente Ignatius—. ¿Ya estás satisfecha, ahora que me has destrozado para el resto del día?

La señora Reilly se lanzó contra la madera sin pintar.

—Bueno, no rompas la puerta —dijo él por fin y, unos instantes después, se abrió el pestillo.

—¿Qué es toda esta basura que hay por el suelo, Ignatius?

—Eso que ves es mi visión del mundo. Aún tengo que estructurarlo en un conjunto, así que mira bien dónde pisas.

—Todas las persianas cerradas. ¡Ignatius! Aún hay luz fuera.

—Mi yo no carece de elementos proustianos —dijo Ignatius desde la cama, a la que había vuelto rápidamente—. Oh, mi estomago.

—Aquí huele a demonios.

—Bueno, ¿qué esperas? El cuerpo humano, cuando está confinado, emite ciertos aromas que tendemos a olvidar en esta época de desodorantes y otras perversiones. A mí, en realidad, el ambiente de esta habitación me resulta bastante confortante. Schiller, para escribir, necesitaba en su mesa el aroma de manzanas podridas. Yo también tengo mis necesidades. Has de recordar que Mark Twain prefería la posición supina en la cama cuando componía esos abortos aburridos y trasnochados que los eruditos contemporáneos intentan demostrar que son importantes. La veneración que se rinde a Mark Twain es una de las raíces de nuestro estancamiento intelectual.

—Si hubiera sabido que esto estaba así, hace mucho tiempo que habría entrado.

—No sé por qué estás aquí ahora, en realidad, ni por qué sientes esta súbita necesidad de invadir mi santuario. Dudo que vuelva a ser el mismo después del trauma de esta intrusión de un espíritu extraño.

—He venido a hablar contigo, hijo. Saca la cara de entre esas almohadas.

—Debe ser la influencia de ese ridículo representante de la ley. Parece que te ha vuelto contra tu propio hijo. Por cierto, se ha ido ya, ¿no?

—Sí, y me disculpé por tu actuación.

—Madre, estás pisando los papeles. ¿Tendrías la bondad de desplazarte un poco? ¿No te basta con haberme destrozado la digestión, también quieres destruir los frutos de mi cerebro?

—Bueno, ¿dónde quieres que me ponga, Ignatius? ¿Quieres que me meta en la cama contigo? —preguntó furiosa la señora Reilly.

—¡Mira dónde pisas, por favor! —atronó Ignatius—. Dios santo, nunca existió nadie tan total y literalmente acosado y asediado. ¿Qué es lo que te ha impulsado a entrar aquí en este estado de locura absoluta? ¿No será ese olor a moscatel barato que asalta mis órganos olfativos?

—He tomado una decisión. Tienes que salir y buscarte un trabajo.

Oh, ¿qué broma pesada estaba gastándole ahora Fortuna? ¿Detención, accidente, trabajo? ¿Dónde acabaría aquel ciclo aterrador?

—Comprendo —dijo pausadamente Ignatius—. Sabiendo como sé que eres congénitamente incapaz de llegar a una decisión de esta importancia, supongo que ese policía subnormal es quien te ha metido la idea en la cabeza.

—El señor Mancuso y yo hablamos como yo solía hablar con tu papá. Tu papá me decía lo que había que hacer. Ay, ojalá estuviera vivo.

—Mancuso y mi padre sólo se parecen en que los dos dan la impresión de ser seres humanos bastante inconsecuentes. Sin embargo, tu actual mentor parece de esos individuos que piensan que todo puede arreglarse si todos trabajamos sin parar.

—El señor Mancuso trabaja duro. Tiene un trabajo muy difícil en el barrio.

—Estoy seguro de que mantiene a varios vástagos indeseados, todos los cuales están deseando crecer para ser policías, las chicas incluidas.

—Pues has de saber que tiene tres niños preciosos.

—Me lo imagino —Ignatius comenzó a saltar lentamente en su cama—. ¡Uau!

—Pero qué haces, ¿otra vez estás tonteando con esa válvula? Eres la única persona que tiene una válvula. Yo no tengo ninguna válvula.

—¡Todo el mundo tiene válvula pilórica! —chilló Ignatius—. Lo que pasa es que la mía está más desarrollada. Intento despejar un pasaje que tú has logrado bloquear. Aunque tengo la impresión de que puede estar ya bloqueado para siempre.

—Dice el señor Mancuso que si tú trabajas, puedes ayudarme a pagar a ese hombre. Dice que cree que ese hombre aceptaría que le pagáramos a plazos.

—Tu amigo el patrullero dice muchas cosas. Tienes la virtud de hacer hablar a la gente, desde luego. Jamás sospeché que ese individuo fuese tan locuaz, ni que fuese capaz de un comentario tan inteligente. ¿Es que no te das cuenta de que intenta destruir nuestro hogar? Todo empezó en el momento en que él intentó aquella detención brutal de mi persona delante de D. H. Holmes. Aunque tú eres demasiado corta para comprenderlo todo,

madre, este hombre es nuestra desgracia. Está haciendo girar nuestra rueda hacia abajo.

—¿Rueda? El señor Mancuso es un buen hombre. ¡Deberías estar contento de que no te haya detenido!

—En mi apocalipsis privado, el señor Mancuso será empalado con su propia porra. De cualquier modo, es impensable que yo deba buscar un trabajo. De momento, estoy muy ocupado con mi obra, y creo que estoy entrando en una etapa muy fecunda. No sé, quizás el accidente agitate y libere mi pensamiento. La verdad es que hoy he logrado escribir muchísimo.

—Tenemos que pagarle a ese hombre, Ignatius. ¿Es que quieres verme en la cárcel? ¿No te daría vergüenza que tu pobre madre estuviera entre rejas?

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hablar de cárcel? Pareces obsesionada con la idea. En realidad, parece que disfrutes pensando en eso. El martirio es un disparate a tu edad —eructó quedamente—. Yo propondría que hicieses algunas economías en los gastos de esta casa. Seguro que reunías enseguida la suma necesaria.

—Pero si lo gasto todo en ti, en tu comida y en tus chucherías.

—He hallado últimamente varias botellas de vino vacías, cuyo contenido no consumí yo, desde luego.

—¡Ignatius!

—El otro día, cometí el error de encender el horno sin inspeccionarlo antes adecuadamente. Cuando lo abrí, una vez caliente, para meter mi pizza congelada, a punto estuve de quedarme ciego por una botella de vino cocido que se disponía a explotar. Propongo que desvíes parte del dinero que estás entregando a la industria licorera.

—Qué vergüenza que digas eso, Ignatius. Unas botellas de moscatel Gallo y tú con todas esas baratijas que te compras.

—¿Tendrías la bondad de definirme el significado de baratijas? —replicó Ignatius.

—Todos esos libros. Ese gramófono. La trompeta que te compré el mes pasado.

—Considero esa trompeta una buena inversión, pese a que nuestra vecina la señora Anne no sea de la misma opinión. Si vuelve a aporrear mis persianas, le tiraré un cubo de agua.

—Mañana miramos los anuncios del periódico. Te vestirás como es debido y saldrás a buscar un trabajo.

—Me da miedo preguntar qué entiendes tú por «vestirse como es debido». Seguro que quieres convertirme en un mamarracho ridículo.

—Voy a plancharte una camisa blanca preciosa y te pondrás una de esas corbatas tan lindas de tu pobre papá.

—¿Puedo creer lo que oigo? —preguntó Ignatius a su almohada.

—O eso, Ignatius, o voy a hipotecar la casa. ¿Quieres perder el techo que te cobija?

—¡No! ¡No hipotecarás esta casa! —gritó, dando un vigoroso puñetazo al colchón—. Toda la sensación de seguridad que he procurado crear se derrumbaría. No estoy dispuesto a que haya alguien ajeno controlando mi domicilio. No podría soportarlo. Sólo de pensarlo, las manos se me llenan de granos.

Y extendió una zarpa para que su madre pudiera examinar el sarpullido.

—De eso, ni hablar —continuó—. Dispararía de golpe todas mis angustias latentes. Y temo que el resultado sería verdaderamente muy desagradable. No querría que te pasases el resto de tu vida cuidando de un lunático encerrado en un desván. No hipotecaremos la casa. Debes tener dinero en algún sitio.

—Tengo ciento cincuenta dólares en el Hibernia Bank.

—Dios santo, ¿nada más? Nunca imaginé que subsitiéramos de modo tan precario. Sin embargo, es una suerte que no me lo hayas dicho nunca. Si hubiera sabido lo cerca que estábamos de la penuria total, mi sistema nervioso habría estallado hace ya mucho —Ignatius se rascó las manazas—. He de admitir, no obstante, que la alternativa es para mí bastante lúgubre. Dudo muy seriamente que haya alguien dispuesto a contratarme.

—¿Pero qué dices, hijo mío? Tú, un chico tan bueno, con una educación tan excelente, con todos tus estudios.

—Los patronos perciben que yo rechazo sus valores —dio una vuelta en la cama y continuó—: Me tienen miedo. Sospecho que se dan cuenta de que

me veo obligado a actuar en un siglo que aborrezco. Eso sucedió hasta cuando trabajé para la Biblioteca Pública de Nueva Orleans.

—Pero, Ignatius, ésa fue la única vez que trabajaste desde que saliste de la universidad, y fueron sólo dos semanas.

—Eso es precisamente lo que quiero decir —contestó Ignatius, lanzando una bola de papel a la araña de cristal opalino.

—Lo único que hacías era pegar aquellas tiritas en los libros.

—Sí, pero yo tenía una visión estética propia sobre el modo de pegar aquellas etiquetas. Algunos días sólo podía pegar tres o cuatro y me sentía satisfecho, al mismo tiempo, con la calidad de mi trabajo. Las autoridades bibliotecarias no pudieron soportar mi integridad profesional. Ellos sólo querían un animal que embadurnara de cola sus libracos.

—¿Tú crees que podrías conseguir trabajo allí otra vez?

—Lo dudo muchísimo. La verdad es que le dije unas palabras más bien mordaces a la encargada del departamento. Hasta me retiraron el carnet de socio. Tienes que comprender el miedo y el odio que inspira a la gente mi *weltanschauung* —Ignatius eructó—. No mencionaré ese disparatado viaje a Baton Rouge. Creo que aquel incidente engendró en mí una resistencia psicológica al trabajo.

—En la universidad fueron buenos contigo, Ignatius. Vamos, di la verdad. Te dejaron quedarte allí mucho tiempo. Te dejaron incluso dar una clase.

—Bah, fundamentalmente era igual. Cierta pobre blanco de Mississippi le dijo al decano que yo era un propagandista del Papa, cosa evidentemente falsa. Yo no apoyo al Papa actual. No se ajusta en absoluto a mi idea de un Papa firme y autoritario. En realidad, me opongo firmísimamente al relativismo del catolicismo moderno. Sin embargo, el atrevimiento de aquel ignorante fundamentalista rústico y fanático impulsó a mis demás alumnos a crear un comité para exigir que yo corrigiese, puntuase y devolviese sus ensayos y exámenes acumulados. Hubo incluso una pequeña manifestación ante la ventana de mi despacho. Fue todo muy espectacular. Se las arreglaron bastante bien, siendo como eran unos mozalbetes simplones e ignorantes. En el punto culminante de la manifestación, tiré todos aquellos papeluchos, sin corregir, por supuesto, por la ventana, sobre sus propias

cabezas. La universidad era demasiado mezquina para aceptar aquel acto de desafío al abismo de la academia contemporánea.

—¡Ignatius! Nunca me lo habías contado.

—No quería preocuparte. También les dije a los estudiantes que, en bien del futuro de la humanidad, esperaba que todos fueran estériles —Ignatius se colocó las almohadas alrededor de la cabeza—. No habría podido leer las barbaridades y disparates que salían de las mentes oscuras de aquellos estudiantes. Me pasará igual dondequiera que trabaje.

—Puedes conseguir un buen trabajo. Ya verás cuando vean un chico con un título universitario.

Ignatius suspiró pesadamente y dijo:

—En fin, no veo alternativa.

Frunció el rostro en una máscara de sufrimiento. No tenía sentido oponerse a la Fortuna hasta que terminase el ciclo.

—Supongo que te das cuenta de que todo esto es culpa tuya. La conclusión de mi obra se dilatará enormemente. Te sugiero que vayas a ver a tu confesor y hagas penitencia, madre. Prométele que evitarás en el futuro el camino del pecado y la bebida. Cuéntale cuál ha sido la consecuencia de tu transgresión moral. Hazle saber que has demorado la terminación de una diatriba monumental contra nuestra sociedad. Puede que el sacerdote comprenda la magnitud de tu pecado. Si es un sacerdote como yo creo que han de ser los sacerdotes, te impondrá una penitencia muy rigurosa. Sin embargo, he aprendido ya que puede esperarse muy poco del clero actual.

—Seré buena, Ignatius. Ya lo verás.

—Bueno, bueno, encontraré un empleo, aunque no tiene por qué ser lo que tú llamarías un buen empleo. Quizá se me ocurran algunas ideas valiosas que puedan beneficiar a mi patrón. Puede que la experiencia dé a mi pensamiento una nueva dimensión. Y, con ello, a mi obra. El introducirme activamente en el sistema que critico, será en sí mismo una interesante ironía —Ignatius eructó ruidosamente—. Ay, si Myrna Minkoff pudiera ver lo bajo que he caído.

—¿Qué anda haciendo ahora esa chica? —preguntó recelosa la señora Reilly—. Yo pagué buen dinero para que fueras a la universidad, y la fuiste a escoger precisamente a ella.

—Myrna aún sigue en Nueva York, su hábitat natural. Estará intentando, sin duda, provocar a la policía para que la detenga en alguna manifestación en este mismo instante.

—Qué nerviosa me ponía tocando la guitarra aquella por toda la casa. Si tenía dinero como decías, quizá debieras haberte casado con ella. Podríais sentar cabeza los dos y tener un lindo bebé.

—¿Quién puede creer que de los labios de mi propia madre salgan tales indecencias y tales porquerías? —bramó Ignatius—. Corre ahora mismo a prepararme la cena. No quiero llegar tarde al cine. Es una película musical circense, una atrocidad pregonada que hace mucho tiempo que esperaba ver. Mañana miraremos los anuncios de empleos del periódico.

—Ay, qué orgullosa estoy de que te pongas a trabajar por fin —dijo muy sentimental la señora Reilly, y besó a su hijo en un punto indeterminado de su bigote húmedo.

## IV

«Fíjate en esa vieja —musitó Jones a su psique, mientras el autobús saltaba y le arrojaba contra la mujer sentada al lado—. Cree que poque soy negro voy a violála. Está a punto de lanza su culo de abuela por la ventanilla. ¡Jo! Yo no voy a viola a nadie.»

Se apartó discretamente de la mujer, cruzando las piernas y lamentó una vez más no poder humear en el autobús. Se preguntó quién sería aquel tipo gordo de la gorra verde, al que se veía de repente por toda la ciudad. ¿Dónde aparecería aquel cabrón gordo la próxima vez? Había algo extraño en aquel chiflado de la gorra verde.

«Bueno, así que voy y le digo a ese poli que tengo un trabajo remunerao, que me deje en paz, voy a decirle que he encontrao a una humanitaria que me paga veinte dólares a la semana, y él va y dice: “Qué bien, muchacho, cuánto me alegro de que te hayas corregío”. Y yo le digo: “¡Sí, señó!”. Y dice él: “Ahora, puede que te convierta en miembro de la comunidá”. Y le digo: “Sí, me he encontrao un trabajo de negro y un salario de negro. Ahora ya soy un auténtico miembro de la comunidá. Ahora soy un negro real no un vagabundo. Sólo un negro”. ¡Juá! ¿Qué diferencia hay?»

La vieja tocó el timbre y se levantó del asiento, evitando meticulosamente cualquier contacto con la anatomía de Jones, que la veía maniobrar desde el distanciamiento de los cristales verdes.

«Fíjate. Se cree que tengo la sífilis y la tuberculosis y que estoy empalmao y que voy a descuartizarla con una navaja barbera y róble el bolso. ¡Juá!»

Las gafas de sol vieron a la mujer bajar del autobús y quedarse entre un grupo que esperaba en la parada. Detrás de aquella gente había un altercado. Un hombre con un periódico enrollado en la mano estaba pegándole a otro de larga barba pelirroja y bermudas. El hombre de la barba

le pareció conocido. Jones se sintió inquieto. Primero aquel fantasma de la gorra verde y ahora aquel individuo a quien no podía identificar.

Apartó la vista de la ventanilla cuando el hombre de barba pelirroja se alejaba corriendo, y abrió la revista Life que le había dado Darlene. En el Noche de Alegría, al menos Darlene había sido amable con él. Darlene estaba suscrita a Life porque quería cultivarse y, al darle a Jones la revista, había sugerido que quizá pudiera serle también útil. Jones intentó adentrarse por un editorial sobre la política norteamericana en Extremo Oriente, pero lo dejó hacia la mitad, preguntándose cómo aquello podría ayudar a Darlene a convertirse en una exótica, que era el objetivo al que ella había aludido una y otra vez. Pasó a los anuncios, pues eran las cosas que le interesaban de la revista. La selección de aquella revista era excelente. Le gustó mucho el anuncio de Seguros de Vida Etna, con la fotografía de la maravillosa casa que acababa de comprarse una pareja. El hombre de Loción para el afeitado YARDLEY parecía un tipo rico y desenvuelto. En eso podía ayudarle la revista. Él quería tener el mismo aspecto que aquellos individuos.

## V

«Cuando Fortuna hace girar su rueda hacia abajo, vete al cine y disfruta más de la vida.» Ignatius estaba a punto de decirse esto, cuando recordó que iba al cine casi todas las noches, girase como girase la rueda de la Fortuna.

Estaba sentado allí muy atento, en la oscuridad del Prytania, a pocas filas de la pantalla, y su cuerpo llenaba el asiento y se derramaba por los dos contiguos. En el asiento de la derecha había colocado el abrigo, tres chokolatinas y dos bolsas suplementarias de palomitas de maíz, meticulosamente enrolladas para que las palomitas se conservaran calientes y crujientes. Ignatius comía de otra bolsa de palomitas y miraba absorto los avances de las próximas películas. Una de ellas parecía bastante mala, pensó, lo suficiente para hacerle volver al Prytania de allí a pocos días. Luego, la pantalla se iluminó en amplio technicolor, rugió el león y parpadeó en la pantalla el título de la atrocidad, ante la milagrosa mirada de sus ojos azules y amarillos. Se le inmovilizó la cara, la bolsa de palomitas empezó a temblar. Al entrar en el cine, se había abotonado cuidadosamente las dos orejeras en la parte de arriba de la gorra y ahora la estridente partitura de la película musical asaltaba sus oídos desnudos desde una multitud de altavoces. Escuchó la música, captó dos canciones populares que le desagradaban en especial y examinó detenidamente el reparto para ver si descubría nombres de actores que le repugnasen.

Terminado el reparto, comprobó que varios de los actores, el compositor, el director, el peluquero y el ayudante de producción eran todos ellos individuos cuya labor le había enfurecido repetidas veces en el pasado; apareció en el technicolor una escena de varios extras trabajando alrededor de una carpa de circo. Ignatius examinó ávidamente el grupo y localizó a la heroína de pie junto a una de las escenas marginales.

—¡Oh, Dios mío! —gritó—. Allí está.

Los niños de las filas de delante de él se volvieron y miraron. Pero Ignatius no se fijó en ellos. Los ojos azules y amarillos seguían a la heroína,

que llevaba animosa un cubo de agua a lo que resultó ser su elefante.

—Va a ser peor de lo que pensaba —dijo al ver el elefante.

Se llevó la bolsa de palomitas vacía a los labios gordos, la hinchó y esperó, los ojos relumbrantes por los reflejos del tecnicolor. Batió un timbal y la banda sonora se llenó de violines. La heroína e Ignatius abrieron la boca simultáneamente, ella para cantar, él en un gruñido. Y en la oscuridad, se encontraron violentamente dos manos temblorosas. La bolsa de palomitas explotó con un bang. Los niños chillaron.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó la mujer del bar al encargado.

—Es que ha venido también esta noche —dijo el encargado señalando la voluminosa silueta que se perfilaba sobre la pantalla.

El encargado bajó por el pasillo hasta las primeras filas, donde redoblaban los chillidos. Los niños, una vez disipado su miedo competían chillando a cual más. Ignatius escuchaba aquellas estremecedoras vocecitas atipladas y las risas, y se regocijaba en su tenebrosa madriguera. Con unas cuantas amenazas suaves, el encargado tranquilizó a las primeras filas, y luego miró hacia el extremo en el que se alzaba la figura aislada de Ignatius, como un gran monstruo entre las cabecitas. Pero sólo fue obsequiado con un perfil rechoncho. Los ojos que brillaban bajo la visera verde seguían a la heroína y a su elefante por la amplia pantalla hacia el interior de la carpa del circo.

Ignatius estuvo callado un rato, reaccionando al argumento con sólo algún esporádico bufido apagado. Luego, subió a los trapecios lo que parecía el reparto completo de la película. En primer término, en un trapecio, la heroína. Se columpió en el aire a ritmo de vals. Sonrió en un inmenso primer plano. Ignatius inspeccionó sus dientes, buscando cavidades y empastes. La heroína extendió una pierna. Ignatius inspeccionó rápidamente sus contornos buscando algún defecto estructural. La heroína empezó a cantar diciendo que había que luchar sin desánimo una y otra vez hasta lograr el triunfo. Ignatius se estremeció cuando se hizo patente la filosofía de la canción. Examinó detenidamente cómo estaba sujeta al trapecio, con la esperanza de que la cámara registrase su caída fatal al serrín que se veía al fondo, muy abajo.

En el segundo coro, se unieron todos a la canción, sonriendo todos y cantando libidinosamente por el triunfo final mientras se columpiaban, aleteaban, planeaban.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Ignatius, incapaz ya de contenerse; las palomitas de maíz le cayeron por la camisa y se le amontonaron en los pliegues de los pantalones—. ¿Qué degenerado fabricó este aborto?

—Silencio —dijo alguien detrás de él.

¡Esos subnormales sonrientes! ¡Ojalá se rompieran las cuerdas! —Ignatius agitó las pocas palomitas que le quedaban en la última bolsa—. Gracias a Dios que ha terminado la escena.

Cuando pareció iniciarse una escena de amor, se levantó de un salto del asiento y salió ruidosamente pasillo adelante hasta el bar, a por más palomitas, pero cuando regresó al asiento, las dos grandes imágenes rosadas apenas si estaban empezando a besarse.

—Seguro que tienen halitosis —proclamó Ignatius por encima de las cabezas de los niños—. ¡No quiero ni pensar en los obscenos lugares en que habrán estado antes esas bocas!

—Tendrá usted que hacer algo —le dijo lacónicamente la mujer del bar al encargado—. Esta noche está peor que nunca.

El encargado suspiró y miró al fondo del pasillo, donde Ignatius mascullaba:

—Oh, Dios mío, están los dos lamiendo dientes postizos y podridos, seguro.